


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

TIPOS TRASHUMANTES

CRÓQUIS Á PLUMA

POR

DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA

SANTANDER

Imprenta y litografía de J. M. Martinez

SAN FRANCISCO, 15

1877

AL LECTOR.

Los pueblos, como los hombres, tienen dos fisonomías, por lo ménos (algunos hombres tienen muchas): la que les es propia por carácter ó naturaleza, ó, como si dijéramos, la de todos los dias, *y la de* las circunstancias; *es decir,* la de los dias de fiesta.

La que en este concepto corresponde á la perínclita capital de la Montaña, la forma esa muchedumbre que la invade, en cada año, durante los meses del estío, para buscar en ella quién la salud, quién la frescura y el sosiego, ora en las salobres aguas del Cantábrico, ora contemplando y recorriendo el vario paisaje que envuelve á la ciudad, miéntras la

raza indígena la abandona y se larga por esos valles de Dios ansiando la soledad de la aldea y la sombra de sus castañeras *y* cajigales.

Para los que solo se fijan en la variedad de matices y en la movilidad de los pormenores, esta fisonomía es híbrida, abigarrada, indefinible é inclasificable.

Para un ojo ducho en el oficio, es todo lo contrario. Hay en ese movimiento vertiginoso, en ese trasiego incesante de gentes exóticas que van y vienen, que suben y bajan, que entran y salen, rasgos, colores y perfiles que sobrenadan siempre, y se reproducen de verano en verano, como el aire de familia *en una larga serie de generaciones. ¿No es todo esto una fisonomía como otra cualquiera?*

Por tal la juzgo, y muy digna la creo, por ende, de ser registrada en el libro de apuntes de quien se precie de pintor escrupuloso de costumbres montañesas.

Y como quiera que yo, si no tengo mucho de pintor, téngolo de escrupuloso, abro mi librejo, y apunto.... pero, entiéndase bien, sin

otro fin que refrescar la memoria del que leyere, y con la formal declaracion de que «cuando pinto, *no* retrato.»

LAS DE CASCAJARES.

No es aristócrata por la sangre, ni siquiera tiene un título nobiliario de los de nuevo cuño; no por haber llegado tarde al reparto de ellos, sinó acaso por distinguirse más, llamándose á secas *el señor de Cascajares*.

El cual es un banquero, ó hacendado, ó contratista de *alto bordo*, muy rico, segun la fama, que reside en Madrid, en donde, al decir de los que de allá vienen á pasar las vacaciones de verano, habita espléndido palacio en el paseo de Recoletos, ó elegante casa en la calle de Alcalá, ó en la del Barquillo.

Es diputado á Cortes cuantas veces quiere, y lo quiere casi siempre, porque todos los Gobiernos apoyan su candidatura, en cambio de la decision con que él aplaude á todos los Gobiernos.—Sin embargo, no es hombre político: solo se comunica con los del poder por el ministerio de Hacienda.

Su señora tiene más conexiones é intimidades que él con los altos personajes de la cosa pública. Se tutea con muchos de ellos, aunque tampoco es aficionada á la cábala ni al cabildeo; es decir, que le gusta el personaje por lo que brilla, y nada más.

Tiene tres hijas solteras, y vá con ellas al *gran mundo*. Ni éstas son modelos de hermosura, ni la madre encaja, por ninguna parte que se la mire, en el más modesto de los moldes aristocráticos; pero, así y todo, pasan en la córte por *ornamentos distinguidísimos* de la *alta sociedad*. Lo cierto es que los *Asmodeos* y *Pedro Fernan-*

dez las citan siempre, en sus almivaradas crónicas de Madrid, en el catálogo de las *bellas, discretas y elegantes*.

Dos hijos varones tienen tambien los señores de Cascajares. El mayor es diplomático; y aunque rara vez sale de Madrid, siempre se le considera como en activo servicio, para los efectos de la nómina y del escalafon, en una de las embajadas de más categoría. El segundo, que pasa ya de los veinticinco, no se ha decidido aún por la carrera que ha de seguir. Por de pronto asiste con asiduidad al *Veloz-Club* y al Casino, y sabe poner cien onzas á una sota, sin que le tiemble el pulso.

Toda esta gente, más tres doncellas ó camaristas, dos criados para los señoritos, un sota-mayordomo, ú hombre de confianza, para el *señor*, dos lacayitos y un cocinero negro, vienen en el mes de Julio á Santander á habitar un piso amueblado, en la poblacion, que paga el señor de Cascajares á razon de 8.000 reales

mensuales, con la obligacion de habitarle dos por lo ménos, ó de pagarle como si le habitara, y de reponer cuanta vajilla, ropa de camas y muebles sufran el menor deterioro en el ínterin.

Dia y medio dura la mudanza, desde la estacion del ferro-carril á casa, de los *mundos*, maletas, cajas, baules, rollos de mantas, bastones y paraguas, que siguen á la familia de Cascajares como la estela al buque.—Y se llena de baules un cuarto del pátio, y hay mundos amontonados en las gabinetes, y cajas sobre todos los veladores, y paquetes sobre todas las sillas, y maletas hasta en el mismo salon en que aquellas señoras reciben las visitas.

Tanto es el equipaje y tanta la servidumbre, que la familia no ha podido colocarse en ninguna fonda del Sardinero; y por acordarse tarde, tampoco logró establecerse en uno de aquellos amueblados *chalets*.

Esto tiene disgustadísimas á las *niñas*

y desazonada á la mamá. Y no es para ménos el caso. *Las* de Himalaya, las de Tenerife, las de Potosí, las de Chimborazo.... en fin, toda la más encumbrada aristocracia está en el Sardinero; y ellas, por consiguiente, *sin sociedad.* Además, mal alojadas y achicharradas de calor. (El termómetro marca 20° al sol, y cuando ellas salieron de Madrid señalaba 41 á la sombra). Gracias á que han conseguido alquilar por toda la temporada un mal carruaje que las lleva por la mañana al baño y por la tarde á pasear al Sardinero.

Así es que se las vé poco en la calle; y cuando se las vé, se observa que se mueven perezosamente, como buque en *calma chicha*, y miran tiendas, objetos y personas con gesto de hondo disgusto.—Si alguno las saluda al paso, responden con lánguido cabeceo, que más parece desmayo que otra cosa.

Por lo comun, se las halla, hechas un racimo y envueltas en trasparente bata, sentadas en el mirador.

En esta ocasion y en otras varias del dia, nunca les falta en la acera de enfrente una especie de guardia de honor, compuesta de los arrapiezos más encanijados y escrofulosos, pero á la vez más *principales*, que haya en la poblacion. Allí, los inocentes, se pasan las horas muertas retorciéndose la inverosímil guía del incipiente bigote, exhibiendo, á fuerza de disimuladas contracciones de muñeca, los puños de la camisa, esgrimiendo las solapas de la levita para que se destaque en todo su desarrollo la curva del robusto pecho, y haciendo, en fin, cuantas evoluciones y habilidades pudiera una bestezuela amaestrada por diestro gitano para seducir al incáuto feriante.

Ya hemos dicho que las de Cascajares no son bellas; pero que son *distinguidas*, categoría inventada en estos tiempos democráticos para colocar en ella todo lo que no es vulgo, sin ser aristocracia, no por la sangre, sinó por *el aire*.

El efecto de esta *distincion* se deja conocer en el pueblo inmediatamente. En esos dias es cuando se tropieza uno con alguna indígena que lleva sobre su cuerpo cierta cosa rara que llama nuestra atencion; v. gr., un moño encima de los riñones, un pispajo de tul en el cogote, el pelo echado sobre los ojos, ó medio vestido azul y medio de color de canario, collar de rollos de canela, ó pendientes de melocoton... cualquiera extravagancia por el estilo.

Si tenemos franqueza para tanto, y la preguntamos, deteniéndola en la calle, qué es *aquello*, nos responderá sorprendida:

—¿No le hace á Vd. gracia?

—Maldita.

—Oh! pues *lo llevan mucho* las de Cascajares; y en Madrid *hace furor*.

—Hola!

—¿No le gustan á Vd. *esas chicas?*

—¿Quiénes?

—Las de Cascajares.

—La verdad es que no me han llamado la atencion....

—Oh! pues son muy *distinguidas!*

Y no es otra, lector, la razon de que muchos arreos femeniles que te parecen espanta-pájaros por esas calles de Dios, se consideren, entre las gentes de *buena sociedad*, como modelos de gracia y bien caer.

¡Lo llevaban las de Cascajares!

Y es de advertir que entre los hombres que se pagan mucho del adorno exterior, sucede lo propio.—Tienen tambien sus Cascajares *distinguidos* que les hacen zambullirse en unas bragas descomunales; ú oprimir el busto entre las láminas de una levita sin solapas, sin faldones, y hasta sin paño; ó la mollera en un cilindro sin alas, ó en unas alas sin cilindro.

Volviendo á las de Cascajares, añado que asisten á los bailes campestres, muy elegantes, pero con mal gesto; bailan

poco, ó no bailan nada. Son las últimas que llegan al salon, y las primeras que se retiran de él.

Y como son tan distinguidas, suspiran muy á menudo por aquel *Biarritz de su alma*, donde todo es *chic* y *confortable*. En cuanto á Santander, *no las hace felices*.

El diplomático dice «amen» á todos los discursos de sus hermanas, y no se separa de ellas en todo el dia. Es autoridad de peso en asuntos de moños y vestidos; y en el ramo de modas en general, bastante más entendido que en los protocolos de la secretaría de su cargo.

Por lo que hace al otro Cascajares, se levanta á las dos de la tarde, come á las seis, se vá á la ruleta, si la hay, ó á timbirimba más *fuerte*, que sí la habrá, y no vuelve á casa hasta las tres de la mañana, viendo siempre las estrellas, aunque el cielo esté nublado; porque es de advertir que tropieza mucho en el camino.

En cambio, su papá no tiene más afan

que pasear solo por el Alta; y como se acuesta temprano y madruga mucho, sólo vé á su familia á las horas de comer. Sabe que está sin la menor novedad en su importante salud, y no se mete en otras honduras. Lo mismo hace en Madrid.

Y llega á la mitad el mes de Setiembre, vuelven á empaquetar los equipajes; y despues de haber *pagado* diez visitas de las veinte que deben, tórnanse á Madrid las de Cascajares, llevándose las maldiciones de las diez familias con quienes quedan *en descubierto*, y dejando, en cambio, el recuerdo de su *distincion* entre las señoras pudientes, que las imitan en cuanto les es dable, así en el vestir como en el andar, y entre algunas inocentes *cursis* que sudan y se desgañitan por remedar sus frescas y turgentes sedas, con marchitos tafetanes y delebles percalinas.

LOS DE BECERRIL.

Dos taleguillos blancos llenos de ropa de *muda*, unas alforjas atacadas de chorizos y garbanzos, y un paraguas. Este es el equipaje de cada familia al meterse en el tren en la estacion mas próxima.

Cuando se apean en Santander, el padre carga con las alforjas, amen de la capa que tambien se echa ál hombro; la madre con un taleguillo y la criatura que amamanta; una jovenzuela con el otro talego, y un rapaz de doce años con el paraguas.

Vienen á Santander porque el padre tiene *dúlceras* en las piernas, y *dúlceras* en el *cuadril* de la derecha; la madre, desde

el último parto, *añudados los gonces* de la rodilla izquierda; el mamoncillo no puede echar los últimos dientes *de por sí solo*; la jovenzuela ha cumplido ya quince años y está pálida como la cera; el rapaz que vá para doce, tiene los labios como un embudo y el cuello como un botijo, y le salen ya los lamparones por detrás de las orejas.

Por consejo del médico de Becerril de Campos, vienen á tomar los baños de mar, porque éstos han de curar todas y cada una de las dolencias enumeradas.

Con estas esperanzas y aquel equipaje, y en el órden de formacion en que hemos ido citándolos, llegan á la Dársena y echan Muelle adelante con el asombro pintado en los ojos y en la boca.

El molinete que suena; el vapor que cruza la bahía; el ligero esquife que se desliza sobre las aguas, como la golondrina en el espacio; la sardinera que grita su mercancía; el coche que pasa rápido; el carretero que aturde la vecindad con las

blasfemias de costumbre; el marcial arreo y las infantiles galas; sedas, tules, libreas y levitas, chaquetas y manteos.... Todo esto junto y revuelto, casi en torbellino, que es lo primero con que tropiezan los ojos del viajero que desde la estacion del ferro-carril se lanza, de sopeton, al Muelle en una tarde de verano, aturde y deslumbra con sobrado motivo al sedentario y patriarcal lugareño de tierra de Campos..

Pero el coche, y «los señores,» y el soldado, y «las damiselas,» todo, en fin, lo que es terrestre, cabe perfectamente en las presunciones de los de Becerril, y luego dejan de admirarlo. Lo que realmente los fascina, por de pronto y acaba por atontarlos, es *lo marítimo*. Les faltan ojos para contemplarlo y hasta narices para olerlo.

—Míales, míales, hijo,—vocea la madre.—¿No te lo ecía yo?... Más altos son los palos que el campanario del pueblo.

—¡Pus anda—añade el padre—con el

otro que vá rio-abajo! Mal rayo me parta si no ahuma como si llevara los demonios aentro. ¿Qué tié que ver el tren con esto! ¡Pus ávate con el barquillico que lleva á la zaga!...

—Será la cria, padre,—grita el rapaz.

—Puá que, hijo; no te diré yo que no lo sea.

—Y toas estas que están arrimaicas aquí lo paecen tamien.... ¡Cristo, cuánta barca!... y allá vá una cargá de *cubetos*.... ¿Y dende esta orillica se pescará el *fresco*?

—¡Otra con el inocente! Eso se pesca en alta mar, borrico.

—¿Pues no es esto la alta mar?

—¡Anda si qué! ¿Pus no oistes á aquel señor que venía en el tren á la vera de tu madre, que esto es el puerto? ¡Qué tié cacer esto pa-onde está la alta mar!

—Y ¿onde está esa mar?

—En cuantico alleguemos á casa, dí que se vé de golpe.

Y en estas y otras por el estilo, admi-

rando acá, exclamando allá, parándose aquí, retrocediendo en el otro lado, preguntando á este «caballero» y á la otra «buena mujer», llegan á Miranda, en cuyo barrio tienen *apalabrada* una habitacion que les ha buscado otra familia castellana que les precedió en el viaje.

Al ver el mar desde aquellas alturas, los padres se atolondran y los hijos se extremecen, considerando que al dia siguiente han de meterse todos ellos en tales honduras.

Como el barrio de Miranda es el que eligen siempre los castellanos, por la doble razon de economía y de proximidad á la playa, tienen ocasion los nuestros de hacer rancho en la misma casa en que viven, con otros paisanos instalados en ella tambien. De todas maneras,—y por eso traen las alforjas llenas de provisiones,—siempre *se ajustan* sin la comida.

El primer baño no le toman sin grandes recelos, sobresaltos y serias medita-

ciones: los chicos lloran y los grandes tiemblan de miedo, mucho ántes de temblar de frio; pero, al cabo, bien agarrados éstos á las cuerdas, y á empellones los muchachos, van entrando todos poco á poco, hasta que, despues de acurrucados, les llega el agua al pescuezo. Es decir, que se quedan á la orilla, donde, al romper las olas, tras de machacarles los cuerpos como mazos de batan, les hacen sorber la arena á carretadas.

En la misma guisa que salieron del tren, exceptuando el detalle de las alforjas, van al baño y vuelven de él: con la propia capa el hombre, las mujeres con los talegos y la criatura, y el rapaz con el paraguas. La capa para arroparse, el paraguas para quitarse el sol el de los lamparones, y los taleguillos para guardar la ropa del baño.

Catorce de á media hora recetó á cada uno el médico de Becerril; pero ellos que traen muy contado el tiempo y el dinero,

toman dos cada dia, y así despachan en una semana, cuando nó en media, echándose en remojo una hora por la tarde y otra por la mañana.

Siempre que no están en el baño, ó comiendo, ó durmiendo la clásica siesta, se los halla recorriendo las alturas de la costa, metiendo la cabeza en todas las grutas y rendijas de las peñas, y preferentemente escarbando los arenales para acopiar *pelegrinas* y *caracolillos*, por cuyas baratijas se perecen.

Antes de volverse á Becerril, ó á Frómista, ó á Amusco, al pueblo, en fin, de Castilla, del cual procedan, bajan dos veces á la ciudad: una para verla y comprar á la chica unas arracadas de *cascaritas*, y otra para visitar, *por adentro*, un vapor-correo, y, si le hubiere en el puerto, *un barco de Rey*.

Por lo demás, son los bañistas más metódicos y decididos de cuantos se zambullen en el Cántabro. Ni en los dias de más

resaca perdonan el remojon. De manera que si tambien en la hidroterapia obra la fé prodigios, estas buenas gentes se vuelven á Becerril tan sanas como corales.

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR.....

Una semana ántes de suspenderse, por razones de alta temperatura, las sesiones de las Córtes, pronunció un discurso de abierta oposicion á la política del Gobierno. Tres dias despues se trasladó á Santander con su señora, luciendo todavía los tornasoles de la aureola en que le envolvió aquel triunfo parlamentario.—No hay que decir si llegaria hueco y espetado, él que, por naturaleza, es grave y repolludo.

Como ni S. E. ni su señora piensan tomar baños de mar, sin duda por aquello de que *de cincuenta para arriba, etc....*, refran cuya primera parte les coge por la mi-

tad, no han querido alojarse en el Sardinero; y como tampoco quieren el bullicio y las estrecheces del cuarto de una fonda, se han acomodado en una modesta casa de huéspedes, ocupando la mejor sala con el adjunto gabinete.

Su Excelencia sale á la calle con zapatos de cuero en blanco, sombrero hongo de anchas alas, cómoda y holgada americana, chaleco muy abierto y tirillas á la inglesa.

Siempre camina lento y acompasado, con las manos cruzadas sobre los riñones, y entre las manos la empuñadura de cándida sombrilla. Nunca vá solo; generalmente le acompañan cuatro ó seis personas de la poblacion, y de sus ideas políticas.

Marchan en ala, y el personaje ocupa el centro de ella.

A cada veinte pasos hace un alto, y el acompañamiento le rodea. Es que vá á tocar uno de los puntos graves de su discur-

so; porque es de advertir que S. E. no gasta ménos, ni aún para diario.

Y, en efecto; si un oido indiscreto se acerca entónces al grupo, percibirá estas, ú otras semejantes palabras, dichas en tono campanudo y resonante:

—Porque, señores: los hombres que hemos adquirido la experiencia del gobierno con amargos desengaños, debemos al país toda la verdad, todo el esfuerzo de nuestro patriotismo acrisolado. Por eso, si en el Parlamento, como la Europa ha visto, fuí implacable con los hombres de la situacion, lo fuí mucho más, lo estoy siendo todos los dias en el terreno de mis personales relaciones con todos ellos.—Momentos ántes de salir de Madrid, decia yo al Presidente del Consejo de Ministros:—«Esa que ustedes siguen es una política de aventuras; y ciegos están si no ven que con ella está el país al borde de un abismo... El país no quiere utopias; el país quiere hechos prácticos; el país quiere re-

formas tangibles y beneficiosas; el país quiere economías positivas; y ustedes, para corresponder á sus justos anhelos, le dan la dictadura en Hacienda, el cáos en la política y el desconcierto en todo.»

—Bravo!—exclamará aquí uno de los oyentes que más arriman los asombrados ojos á los crespos bigotes del orador. Y él, ¿qué le respondió á V?

—¿Qué me respondió?—replicará S. E. mirando al interpelante como si fuera á tragársele, y recorriendo luego el grupo con la vista airada, haciéndole desear por un buen rato la respuesta.—Lo de siempre: que el estado del país; que el desbarajuste de las pasadas administraciones; que los compromisos contraidos; que la demagogia; que la revolucion latente; que la necesidad de cimentar las instituciones.... ¡Farsa, señores, farsa todo!

—Pues es claro!—responderá el coro.

Y el orador, despues de pasear otra vez la vista por los circunstantes, sin añadir

una sola palabra, erguirá la cerviz, fruncirá el ceño, y continuará su paseo.

Y así hasta el infinito.

Por la noche, aquellos mismos complacientes y complacidos caballeros le acompañan al *Círculo de Recreo;* y dicho se está que le llevan, medio en triunfo, al salon del *Senado*, venerable mansion donde, al revés de la cárcel del mísero Cervantes, «toda *comodidad* tiene su asiento y *ni el más leve* ruido hace su habitacion.»

Allí se levantan los más autorizados *señores* al ver al recien llegado, cédenle la poltrona presidencial; y, alargando tirios y troyanos el pescuezo y los hocicos *(intentique ora tenebant*, que dijo el otro) dispónense á escuchar, sin perder sílaba, la quincuagésima-octava variante sobre el consabido tema....

Que sigue y se reproduce tambien en el camino del Sardinero, que gusta S. E. de recorrer á pié, muy á menudo.

Y así vá corriendo la temporada, salpi-

mentando sus solaces con tal cual visita á éste ó al otro personaje que veranea en la playa, ó pasa de largo para el extranjero.

Al fin del verano se le lleva un dia á ver el Instituto, y otro á la Farola de Cueto, que, por lo visto, es todo lo monumental que aquí tenemos, digno de que lo vean esos señores; y hasta el año que viene, si para entónces no está S. E. en candelero.... ó en las Marianas, que de todo se ha visto.

Cuando el personaje montó en el coche que le llevó á visitar la Farola, se notó que le acompañaba una señora, sobrado vulgar de aspecto, y nada jóven, por las trazas. Aquella señora era la suya; y entónces se la vió en público por primera vez.

Extrañó mucho la gente reparona que un señor de tal fachada y de tantos requilorios, hubiera elegido una compañera de tan vulgar modelo.

Pero estos reparones no reparan que

los hombres no nacen para ser personajes como los príncipes para ser reyes; y así les sucede á muchos lo que al cosaco Kalmuff, que «como no esperaba llegar á sargento, descuidó un poco la letra»; es decir, que como al verse abogados sin pleitos, ó *temporeros* de una modesta tesorería de provincia, ó alféreces de reemplazo, no pudieron soñar que el viento de una revolucion, ó los caprichos de la fortuna los colocasen en las mayores alturas del presupuesto, no se les ocurrió entónces tomar una señora de majestuoso porte, para reflejar en ella en el dia de la apoteósis los relumbrones del oficio.

Mas á esto dicen tambien las gentes, que en España todos los hombres, en cuanto llegan á serlo, debieran prepararse para lo más grave, porque parece ser, y varios hechos lo atestiguan, que, por una rara excepcion de la naturaleza, *todos los españoles servimos para todo.*

LAS INTERESANTÍSIMAS SEÑORAS.

Generalmente son dos: rubia la una, morena la otra; pero esbeltas y garridas mozas ambas. Arrastran las sedas y los tules como una tempestad las hojas de otoño. De aquí que unos las crean elegantísimas, y otros charras y amaneradas. Pero lo cierto es que los otros y los unos se detienen para verlas pasar, y las ceden media calle, como cuando pasa el rey.

Como nadie las conoce en el pueblo, las congeturas sobre procedencia, calidad y jerarquía, no cesan un punto.

El velo fantástico de sus caprichosos sombrerillos, que llevan siempre sobre la

cara, es el primer motivo de controversias entre el sexo barbudo. Si aquellos ojos rasgados, y aquellas mejillas tersas, y aquellos labios de rosa que se ven como entre brumas diáfanas, son primores de la naturaleza, ó artificios de droguería.—Esta es una de las cuestiones.—Pero aunque se resolviera en favor de la pintura, no sería un dato: porque ¿qué mujer no se pinta yá?

Otra duda: ¿dónde viven?—Se averígua que se hospedaron en una fonda muy conocida, á su llegada á Santander, y que permanecieron en ella tres dias, durante los cuales las acompañó por la calle varias veces un inglés *cerrado.*

Primera deduccion.—Que son inglesas.

A esto replica un curioso que las siguió entónces muy de cerca, que siempre hablaban por señas á su acompañante, y que le decian *«aisé»* para llamar su atencion. Dato feroz: de él se desprende que no son inglesas, ni tienen la mas esmerada edu-

cacion, puesto que usan ese vocablo con que el tosco populacho bautiza á todo extranjero cuando quiere decirle algo.

Pero un jóven optimista hace saber que esa palabra es compuesta de dos inglesas, muy usuales en la conversacion, y que equivalen á *digo yo*, ó mejor aún, á nuestro familiar *oiga usted*.

Se desecha el dato desagradable.

Ignorándose dónde viven despues que salieron de la fonda, se las sigue discretamente con objeto de averiguarlo. Trabajo inútil. Como si el pueblo fuera para ellas tramoya de mágia, desaparecen en el punto y hora que les convienen.

Estas contrariedades excitan doblemente la curiosidad y multiplican la suma de los curiosos y de los admiradores, cuya voracidad fomentan ellas, sin pretenderlo quizá, exhibiéndose con nuevas y más atractivas galas, y más sandunguero garbo.

A todo esto, los que las suponen de *solar conocido* alegan que las han visto en

el teatro, en dos butacas. Pero esto es poco y equívoco.

Otros, de mejor instinto investigador, declaran que las vieron, dias ántes, salir de la Iglesia.—Este es mejor dato, sin duda.

Pero otro mucho más elocuente se ofrece á los pocos dias.

Se las vé en el baile campestre, lo cual, ya lo sabe el lector, constituye aquí casi una ejecutoria de limpia prosapia.

Sin embargo, todavía no resuelve ni aclara nada este dato.—Asistieron á la fiesta, aunque con intachable arreo, solas como de costumbre.—Se observó que no quisieron bailar, no obstante las muchas invitaciones que otros tantos despreocupados las hicieron.—La incipiente juventud no se atrevió á tanto desde que notó que las damas *distinguidas* las miraban de reojo.

Esto era muy significativo.—No pudo averiguarse, por más que se registraron al otro dia los billetes de convite entregados

al portero del salon, qué sócio las habia dado la credencial para entrar allí.

Inútil es decir que estas nuevas confusiones excitan más y más el afan de las conjeturas acerca de las desconocidas.— Las señoras del pueblo comienzan á ocuparse de ellas con alguna vehemencia, y tambien se dividen en pareceres.

No falta ya quién asegura que son dos princesas rusas que se han propuesto darse, á todo gusto, un paseo por Europa. Pero como hay tambien quien afirma que hablan el castellano, y hasta con cierto dejillo andaluz, se conviene en que *serán* dos sevillanas de buen humor, cuyos maridos llegarán de un momento á otro.

Esta suposicion coincide con el aserto de un curioso, de que, segun noticia de Pedro, tomada de Juan, que á su vez la tomó de Felipe, las dos incógnitas tienen letra abierta en una casa de comercio, de las más respetables de la plaza.

Y entónces es cuando empieza á vaci-

lar la repugnancia que hácia ellas sentia la femenil sociedad indígena. Y tanto vacila y tanto decae, que si á la sazon no asisten aquellas al más encopetado baile particular, ó á la tertulia más *entonada*, es ó porque no ha habido una disculpa para invitarlas, ó porque ellas no han querido aceptar la invitacion.

Tal sube y baja en el humano criterio el concepto que en él se forjan los hombres.... y las mujeres, dejándose seducir por las apariencias.

Un dia se observa que al pasar junto á uno de esos forasteros bullidores y omniscientes, en lo que respecta á pueblos, tipos y costumbres, y de quien hablaré al lector más adelante, le sonrien con inusitada familiaridad, á cuyo agasajo corresponde él flagelando el vestido de la rubia con dos golpecitos de baston.

Entónces se le asedia, se le acosa, se le marea con preguntas de todos los colores.

Asómbrase el interpelado del asombro de los interpelantes, y dáles una respuesta brevísima.

—No es posible!—se le replica.

—Con verlo basta, caballeros.

Desde el dia siguiente se las mira en la calle como á *gente conocida*, y se observa un hecho bien opuesto á todo lo usual y corriente en el trato social; y es á saber, que á medida que van ellas ensanchando sus relaciones entre los ántes codiciosos de sus miradas y preferencias, van éstos escatimándoles sus atenciones en público; es decir, que más se aislan cuanto más se comunican.

Muy poco tiempo despues tiene lugar el completo eclipse de estos dos astros, que aparecieron entre los de primera magnitud.

Y llamo *completo* al eclipse, porque se necesita un ojo muy avezado á la observacion para distinguirlos, de vez en cuando, en las alturas de un palco segundo del

teatro, oscurecidos yá por la luz de una candileja; ó describiendo, como fuegos fátuos, caprichosos giros y recortes en el Muelle, al desembarcar en él los indianos de un vapor-correo.

UN ARTISTA.

¿Gusta Vd. que le sirva, cabayero?

—Si, señor.

—Sírvase Vd. tomar asiento aquí..... ¿Qué vá á ser?

—¿Cuál?

—Digo si gusta Vd. cortarse, rizarse....

—Quiero que me afeiten.

—Al momento, cabayero.... ¿Le gusta á Vd. así el respaldo? ¿Quiere Vd. que le suba.... que le baje?

—No, señor.

—Muy bien. ¿Fria, ó caliente?

—Como á Vd. le dé la gana, con tal que me afeite pronto y bien.

—Oh! como una seda, cabayero.... Un poquito mas alta la barbiya, si Vd. gusta.... Así.... ¡Qué calores tenemos, eh? ¡Cómo se estará asando aquel Madrí!.. ¿Hace mucho que no ha estado Vd. por Madrí, cabayero?

—Y ¿qué sabe Vd. si yo he estado allá alguna vez?

—Oh! yo le conozco á Vd.

—Pues que sea por muchos años.

—Sí, señor. Cuando vino Vd. á cortarse el pelo anteayer, me lo dijo el chico que le sirvió á Vd.

—Es decir, que es Vd. nuevo en esta peluquería.

—Ocho dias hace que llegué de Madrí.

—Como en verano se aumenta la parroquia....

—No, señor: yo he venido *de placer*; quiero decir, á baños.

—Vamos, afeita Vd. por recreo.

—Hágase Vd. cuenta que sí; porque lo que sucede es *de* que al saberse que yo ha-

bia venido, me solicitó el maestro: y yo, por hacerle un favor....

—Ya lo comprendo.

—Como á mí, en dejándome tiempo para bañarme, una hora para el café y otras dos para ir con los amigos al paseo, no me hace falta el resto del dia....

—¿Y todos los años viene Vd. á bañarse aquí?

—No, señor. Esta es la primera vez; pero otros amigos de mi arte han venido otros veranos, y me han hablado muy bien de este pueblo. Lo demás, yo siempre *he salido* á San Sebastian. Hay muy buena sociedad allí.

—De modo que Vd. no piensa quedarse todo el año en esta barbería.

—¡Qué ha dicho Vd! ¡Dejar yo aquel Madrí.... Madrí de mi alma!... Desengáñese Vd. cabayero; nosotros, los artistas, acostumbrados á aquel mundo, no servimos para provincias.

—Segun eso, nacería Vd. allí.

—Naturalmente, cabayero.

—Lo supongo; y supongo tambien que será extremada la necesidad que tiene Vd. de los baños de mar, cuando sale Vd. todos los veranos á una miserable provincia para tomarlos.

—Yo le diré á Vd. lo que hay. Mi papá estuvo en Ultramar muchísimo tiempo desempeñando un buen destino, y á los dos años de venir él de allá, nací yo.... Por cierto que mi mamá tuvo un parto atroz.... ¿Hace daño?

—¿Cuál, hombre?

—La navaja.

—Vá «como una seda.»

—Es claro.... Pues verasté. Yo me crié muy delicadito, y los médicos decian que unos tumores como puños que me salian en salva la parte, eran *escrúfulas, ínticas* á las que papá habia traido de América.

—Pero las llevaria ya de España.

—No señor, los cogió allá.

—Yo creia que las escrófulas no se adquirian así tan de repente.

—Por eso decian los médicos, cabayero, que cuando las *escrúfulas* se cogen de golpe y á esa edad, ya no se sueltan; y á más á más se pegan.

—Ya me voy enterando.

—Como que mamá, que nunca las habia tenido de jóven, se fué á la sepultura llena de ellas.... Pues verasté: y criándome yo tan delicadito, dijeron los médicos que necesitaba poco trabajo y mucho baño de mar. Po eso nunca pude ir al colegio; que, por lo demás, mi papá queria que yo estudiara para ingeniero. Pero papá era muy liberal, y murió en la Plaza de la Cebada.... de un tiro, cuando la revolucion del cincuenta y cuatro. Entónces mi mamá no pudo con el susto, se le metieron en el cuerpo las *escrúfulas*, y murió tambien. Quedándome yo huérfano y con pocos recursos, me dediqué á este arte, y con él voy viviendo, gracias á los baños de mar que tomo todos los veranos..... ¿Quiére Vd. que le descañone?

—Haga Vd. todo lo de costumbre.

—Y Vd., cabayero, ¿no se dá luego una vuelta por Madrí? Conocerá Vd. allí mucha gente.

—No tanta como Vd.

—Oh! yo conozco á todo el mundo.... Sobre todo, artistas y literatos.

—Anda!

—No sé si vendrá este año por aquí Benito.

—¿Qué Benito?

—Galdós.

—Parece que le trata Vd. con mucha confianza.

—Muchísima. Cuando salí de Madrí quedaba él dando las últimas *plumeadas* á un libro muy bonito que vá á publicar en seguida.

—Se le leería á Vd.

—Porque yo no quise que se molestara, no me le leyó; pero hablamos de él, así, por encima.

—Vamos, le gustará su parecer de Vd.

—De modo que es Vd. de los que llaman «de la cáscara amarga.»

—Pues ahí verá Vd.... No, señor. Por de pronto, yo no soy *ya* hombre de opinion, porque los desengaños me han hecho *ateo* en política; pero, de estar por alguno, mas bien estoy por los de guante blanco, que, al cabo, se peinan y se afeitan, y son, como el otro que dice, parroquianos de uno. Es que esos oradores yo no sé qué tienen para mí. Bien séase que no los entiendo, ó que lo dicen con cierto... Vamos, ello es que me llevan detrás, como si me *dechizaran*.... Aquí, en provincias, estarán ustedes poco al tanto de esas cosas.

—Nada, hombre, nada.

—Es natural. Les falta el roce y la.... Allí dá gusto; de todo se trata y en todo se ilustra la persona.... ¿Descañono más?

—Está bastante.

—¿Fria, ó caliente?

—De la más fria.

—Tenga Vd. la bondad de *ensugarse* con esta *toballa*. Le daré á Vd. unos golpes de peine.

—¿En dónde?

—En el pelo.... Oh! cabayero ¡que antigua es ya esa moda que Vd. *lleva!* Ahora, en Madrí, todos los chicos *distinguidos* llevan el pelo en *bandós*....

—Sí, eh? Pues deje Vd. lo mio como está, y así seré mucho más *distinguido*.

—Como Vd. guste, cabayero.... Conque tambien tienen ustedes ya tran-vía?

—Así parece.

—Han querido imitar al de Madrí. ¡Aquel sí que es tran-vía!

—Mejor que éste, eh?

—¡Qué tiene que ver! Sin embargo, cabayero, para una provincia, éste es todo lo que se puede pedir.

—Ya me hago cargo. Además, aquel recorre sitios más amenos.

—Muchísimo más! Recoletos, la calle de Alcalá, la Mayor, Palacio, el barrio de

Pozas.... todo Madrí; conque, figúrese Vd.

—Al paso que aquí, Molnedo, San Martin, la Magdalena, el Sardinero....

—Eso es: mucho prado, mucha mar.... rústico todo. Pero no hemos de pedir en una provincia las ventajas de un Madri. ¡Cuántas tiene Vd. en España todavía mucho más atrasadas que ésta! Pero ya irán ustedes entrando poco á poco. Por de pronto, la buena sociedad madrileña que les visita todos los veranos, ya adorna esto, y algo ilustra. Misté; el domingo fuí yo en el tran-vía, y se me figuraba que estaba en Madrí. Todos los pasajeros éramos de allá, y todos conocidos. Así es que la gente se nos quedaba mirando cuando nos apeamos.

—Qué le parece á Vd!

—Lo mismo me sucede cuando voy por las mañanas á tomar el baño. Toda la gente que anda por el arenal y por la galería, somos de Madrí. De modo que todo se le vuelve á uno saludar. Le digo á Vd.,

cabayero, que algunas veces me parece que estoy en el *Prao*, y me dá tristeza.

—Por qué, hombre?

—Ya vé Vd. la *diferiencia*. Cuatro peñascos, un arenal y *un poco* de agua. Compáreme Vd. esto con aquel gentío de carruajes, con aquellos palacios y aquel *vaivien* de sociedad, que á veces no *cabemos* en el salon.... porque, créame Vd., cabayero, aquello es *la mar* de elegancia.... Esto no es decir que el Sardinero sea del todo malo, pues, para una provincia, no puede pedirse más; pero deséngañese Vd., á los que estamos hechos á aquel Madrí... ¡Ay, Madrí de mi alma!.... Está Vd. servido, cabayero.

—Muchas gracias, amigo.

—Me alegraré haberle dado gusto.

—Pues vaya Vd. alegrándose.

—Ya lo sabe Vd.; por ahora, desgraciadamente, aquí; desde el mes que viene, calle del Cármen, peluquería de Prats, para cuanto se le ocurra.

—No olvidaré las señas. Conque agur, y aliviarse de las *escrúfulas.*

—Tantísimas gracias.... Beso á Vd. su mano, cabayero.

—⋄—

UN SABIO.

Al siguiente dia de su llegada á Santander, ó acaso sin sacudirse el polvo del camino, dáse á conocer en tertulias y corrillos diciendo, con la mayor impavidez, que España es un país de estúpidos, y que la capital de la Montaña es el último rincon del país, puesto que no hay un solo montañés que conozca *la telematologia*, ni la *filosofía del sentimiento estético en sus relaciones con la actividad del yo pensante, en, dentro, sobre, sobre en y por debajo de la conciencia universal*. Pero esta ignorancia no le sorprende en un pueblo en que *todavía* oyen misa los hombres que se llaman ilus-

trados, y desconocen á *Jecéguel* (muy arrastrada la J) ó Hegel, como decimos las personas vulgares.

Y ahora que el lector sabe algo sobre la venida de este huésped, voy á decirle otro poco acerca de su procedencia.

La humana debilidad tiende, por instinto, á lo más cómodo, hacedero y comprensible.

Por eso á los grandes apóstatas, aunque arrastrados á la apostasía por el demonio de la soberbia, ó de la codicia, ó de la concupiscencia, nunca les han faltado inocentes que formen su cortejo.

Pero llegó el siglo XIX, hijo legítimo de la glacial filosofía del XVIII, y la masa dócil á tantas voluntades durante tantos siglos de controversias y de charlatanes, endurecióse como el mármol, y hasta el más lerdo se convenció de que en estos dias esplendorosos, de luz y de *pronunciamientos*, ya no cabe el cisma, por la sencilla razon de que el que se separa de la

verdad católica no es para proclamar otra *creencia*, sinó para dudar de todas; y dudar de todas equivale á carecer de entusiasmo, que es hijo de la fé; y careciendo de fé y de entusiasmo, no cabe la disputa, ni por consiguiente la escuela. Es decir, que los disidentes de la verdad «ya no creen en brujas,» ó, hablando más en carácter de *época*, están «curados de espantos,» en plena *despreocupacion*. Deduccion lógica de esto: No puede darse una ocasion que sea ménos á propósito que la presente para fundar sectas religiosas y sistemas filosóficos.

Pues bien, lector; en ninguna otra, desde que el mundo es mundo, se han hecho mayores esfuerzos para arrastrar á la razon humana á los extremos que más la repugnan; jamás se ha visto mayor cúmulo de desatinos presentados como armas de seduccion, unos en el campo religioso, otros en el filosófico y otros en el de la política; siendo inútil advertir que

todas estas agrupaciones, tan diferentes entre sí, coinciden en un punto: el consabido odio *á las viejas instituciones y creencias.*

Ni de los fundadores, ni de los pontífices, ni de los apóstoles (aunque todo ello suele andar en una sola pieza) de estas doctrinas, ni siquiera de los adeptos que lo sean *de véras*, voy á ocuparme aquí, gracias á Dios.

Pero es el caso que alrededor de estas colmenas de insípida melaza, bulle de contínuo un enjambre de zánganos impresionables, que, so pretesto de un amor desmedido á lo *nuevo* y á lo *fuerte*, pero incapaces de elaborar cosa propia, aunque sea mala, van chupando, á hurtadillas, cien desatinos de la filosofía, cincuenta extravagancias de lo religioso y doscientas majaderías de la política; y con éstas provisiones en el buche, mal digeridas, así por falta de jugos como por la indigesta condicion de lo engullido, échanse zumbando por esos mundos de Dios, y

áun pretenden elevar su vuelo hasta las águilas, porque les han dicho que aquello que les nutre el menguado entendimiento se llama *ciencia moderna*.

Uno de estos *sabios* es el huésped consabido.

Y ya que tampoco ignoras de dónde viene, continúo leyéndote todas las señas particulares de su pasaporte.

Generalmente es *tipo* por su figura, ó por el corte de su vestido, y jóven; porque no se concibe que pueda llegar nadie á la edad de las canas con tantos grillos en la cabeza.

Ni la experiencia, ni la erudicion más vasta en el campo de los *viejos sistemas*, le merecen el menor respeto; porque él ha asistido durante dos meses á una cátedra de filosofía krausista en la universidad de Madrid, y sabe, por boca de uno de los oráculos españoles de esta escuela alemana, que «*cada filósofo debe construir su propia ciencia sin necesidad de abrir un libro.*» Y

tan al pié de la letra ha tomado el consejo, á tal extremo ha llevado el asco á los libros, que ni siquiera conoce la gramática castellana.

Ya hemos visto, al dársele á conocer al lector, qué desparpajo le presta ó le infunde esta *ilustrada* ignorancia; mas como aquella tésis la repite donde quiera que halla tres hombres reunidos, y como no es raro que entre tantos haya muchos á quienes sóbre de buen sentido lo que les falte de *ciencia moderna*, su temporada de verano es una pelea sin tregua ni sosiego.

Porque es de advertir que, aunque de pronto se le escucha como quien oye llover, una vez *metido en barro* ya no hay paciencia que sufra tantas salpicaduras al sentido comun, única *ciencia*, á mí entender, que se *construye* sin abrir un libro, por la sencilla razon de que no hay libro que enseñe á construirla cuando Dios ha negado á alguno la *materia prima*.

Sin este lastre en la cabeza, claro es

que, como todo lo henchido de aire, ó ménos pesado que él, este sabio, no bien se agita un poco, ya está dando tumbos por el espacio y perdiéndose de vista en el infinito. Por eso lo primero que *discute*, y con doble afan si hay mujeres en el auditorio, es á Dios, es decir, al *Dios de las viejas creencias*.

Eso de *Dios Trino y Uno*, tiénelo él por *logomaquia*.

La *conciencia humana* no siente este concepto *absurdo;* la mente, por tanto, no le penetra, no le alcanza.

Entónces es la ocasion de echar atrás las solapas del levisac, poner la cara hosca, y lanzarse sobre los ignorantes con este párrafo que, segun el sábio, es claro, perceptible y concluyente:

—«*Dios es el absoluto ser, en su total unidad é integridad, como lo que es y de lo que es, en la esencial sustantiva union y composicion del ser y del existir, del conocer y del pensar, dándose y determinándose en, dentro y*

debajo de la unidad, sabiéndose de sí, para sí y consigo, cóngrua, individual y homogéneamente, ántes y sobre toda determinacion concreta de la materia caótica en tiempo y espacio, medio en que lo objetivo y lo subjetivo recíprocamente comulgan.»

En seguida apoya su aserto con la autoridad de los *santos* padres, ó pontífices de *su* iglesia, Krause, Sanz del Rio y Salmeron, mira en derredor de sí con cara de lástima, y pasa á otra cosa.

Nada le *repugnaba* tanto cuando él *era* católico «por no disgustar á su *pobre* madre que creia como una *inocente* todas *esas cosas*,» como los milagros, lo sobrenatural; y lo del premio y el castigo inmediatos á la muerte del cuerpo, ni más ni ménos que si Dios llevara una cuenta corriente á cada una de sus criaturas. Esto es empequeñecer la idea, agraviar á la razon humana que es un destello divino, etc., etc.

Y hé aquí que comienza á cantar endechas al *espiritismo*, de cuya secta se decla-

ra partidario y hasta miembro integrante. Y siendo espiritista, cree, por ende, y así lo manifiesta, que los espíritus vagan por el espacio, ramoneando de planeta en planeta, como carneros trashumantes, para purificarse por una serie de trasmigraciones, hasta que Dios los llame junto á sí, despues de juzgarlos dignos de Él: cree, por tanto, en los meta-espíritus, y que el hombre está en la tierra, de tránsito, procedente ya de otro planeta, ó de otra criatura de diferente condicion social ó naturaleza, y ni siquiera niega que pueda él mismo haber sido asno tiempos atrás, por mas que—¡otro contrasentido! —no le guste que se lo llamen. En fin, repugnándole todo lo sobrenatural, y hasta negándolo con indignacion, nos cuenta entusiasmado que se pasa las horas muertas hablando mano á mano con el espíritu de Confucio.... ó con el de Sancho Panza (pues inspirados *eruditos* hay en la secta que se lo han tragado), si es *medium*, por

su propia virtud, y si nó, por el del hermano que la posea; y le cuentan que esto está perdido, y que la Iglesia caerá, y que prevalecerá lo que quieran Bassols, Solanot y otros cuantos apóstoles de la doctrina famosa.... Y todo esto y mucho más se lo cuentan en parábolas y renglon-citos entrecortados, que necesitan luego una interpretacion no poco ingeniosa.

Tambien en este trance tapa la boca á los incrédulos que se rien al oirle, con nombres propios. En seguida enjareta una letanía de los más sonados en España entre políticos y militares, los cuales sujetos hacen lo mismo que él, y *áliquid amplius*, en esas conferencias con los espíritus; cuya prueba, no por ser irrecusable, porque es la pura verdad, levanta un ápice la cuestion ante el testarudo y arranciado sentido comun que escucha al sábio; pues se obceca aquel inconquistable tribunal en sostener que en ninguna parte hay reunidas, en ménos terreno, más extravagan-

cias, más monomanías, más opuestas condiciones sociales que en un manicomio, y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido tomar por lo sério aquella algarabía de insensatos.

Indígnale tambien que existan *todavía* hombres que se llaman ilustrados sosteniendo que la raza humana, entera y verdadera, procede de Adan. Parécele absurda esta *teoría*; y buscando otra más verosímil, y hasta solar más noble á la humanidad, agárrase á Darwin, y pónese muy hueco al declarar con este otro sabio que el hombre desciende del mono—cosa que muchos *ignorantes* no negarian si todos los ejemplares de la especie fueran idénticos al preopinante.—Verdad es que el sustentar esta teoría le permite soltar la palabreja *antropiscos* ó *antropóides*, que no es despreciable para un sábio de su calibre, y tapar con ella el resuello al que le pregunte por la raza que debió llenar el abismo que separa al cuadrumano famo-

so, del más estúpido de los hombres.... Por eso me gustan á mí los sabios (y no aludo ahora al de mi cuento): se tropiezan en sus investigaciones con un abismo sin fondo, y le cubren con una palabra rimbombante; y saltando sobre ella, para no sentir el vértigo que les perderia, siguen adelante tan satisfechos como si la senda no tuviera un bache: todo ménos retroceder ante el precipicio, para buscar otro camino más seguro y más frecuentado. Digo esto, porque la tal palabreja es la tapadera que ponen los darwinistas sobre el abismo de su peregrina teoría. ¡Como si el tal abismo no fuera para ellos toda la cuestion!

Volviendo ahora á nuestro sabio, digo que si se logra hacerle descender de esas alturas en que se mece tan á su gusto, y bajar al mundo terreno, se le vé lanzarse rápido sobre la memoria de los grandes hombres; porque ésta es de las águilas que no pierden el tiempo cazando mos-

cas. La calidad del auditorio es lo que ménos le importa.

Así, por ejemplo, al primer tratante en caldos que halla á mano, le enreda en una discusion sobre Cervántes.

—*Concedo*—dice el *generoso* sabio—que no fué el autor del *Quijote* un hombre *enteramente vulgar*, teniendo en cuenta la época en que vivió; pero ¿qué materiales dejó preparados para la *arquitectónica* de la ciencia moderna? ¿No están sus obras impregnadas del estúpido fanatismo religioso? Lo mismo á él que á Calderon les faltó la *filosofía de la estética*, que les hubiera enseñado lo poco que valian sus creaciones *por sí*, *mediante*, *en*, *con relacion al idealismo trascendental*, *en cuanto*, *sobre*, *antes y despues de*.

Por el mismo procedimiento demuestra el *idiotismo* de Colon, la *candorosa* ignorancia de *Agustin* (como no cree en brujas, le suprime la santidad), el espíritu *mezquino* de Raimundo Lulio, la *charlata-*

nería de Balmes, y la sublime metafísica de las coplas de Mingo Revulgo.

Ninguno de estos hombres, ni otros infinitos que cita sin pararse en barras, hicieron cosa alguna en beneficio de la humanidad *progresiva;* les faltó la gran idea del símbolo, del *schema*, ó séase *la gráfica determinacion en que la naturaleza y el espíritu se unen en forma de lenteja.*

¿Necesito añadir que la aspiracion política de este mozo es ir tan léjos como puedan llevarle *las corrientes de la idea nueva*, ó los huracanes de la libertad de su altivo pensamiento?

Así es, en efecto; y conste que, segun propia declaracion, para colocarse en la senda que necesita su razon sin trabas ni cortapisas, ha comenzado por tomar en una lógia masónica el nombre de *Wamba*, y por jurar, *á oscuras*, sacrificarse en cuerpo y alma á la voluntad de un superior á quien no conoce, sin que le sea lícito preguntar jamás el *por qué* ni el *para*

qué de los esfuerzos que se le *impongan*.

En fin, lector ignorante, despues de volcar este ollon de potaje religioso-filosófico-político en plazas, casinos, tiendas y cafés, es cuando el sabio, para rematar la obra, encaja este ribete, pespunteado con aires de proteccion y tono campanudo:

—Esto se llama, señores, estar penetrado del *ideal de la humanidad*; esa ciencia sublime, mediante la cual, el hombre, *artista de su vida, determinándose en todas las esferas de la actividad, se hace divino en, bajo, mediante Dios.*

Mas, á pesar de la sustancia de este luminoso dato, oigo al asombrado lector preguntarme:—Pero ¿adónde vá ese mozo con semejante galimatías en la cabeza?

¿Adónde vá?—En Madrid al Ateneo, si hemos de creerle.

En Santander, á lo que hemos visto, á difundir la luz; á tomar el aire.... y, *aliquando*, á la ruleta.

Mañana.... (si ántes no se cura) al Lim-

bo, que es la mansion adonde van á parar los que en vida tuvieron la enfermedad debajo del pelo.

UN APRENSIVO.

Puede ser de Rioseco, lo mismo que de Palencia ó de Zamarramala. No es viejo, ni tampoco jóven, ni rubio, ni moreno, ni alto, ni bajo, ni rico, ni pobre.—Trajo baul de cuero peludo y sombrerera de carton. Hospedóse como pudo, y al dia siguiente fué á entregar la carta de crédito que traia, á su órden, contra una casa mercantil de la plaza.

—¿Los señores de Tal y Cual y Compañía?

—Servidores de Vd.

—Tenga Vd. la bondad de enterarse de esta esquelita.

—Cúbrase Vd. y siéntese.

—Muchas gracias.

—¿Quiére Vd. recibir ahora la cantidad que los Sres. Morcajo y Compañía nos mandan poner á su disposicion?

—No, señor: iré tomando á cuenta lo que necesite, si á ustedes les parece.

—Como Vd. guste. Y ¿cómo están aquellos señores?

—Tan guapamente.... quiero decir, salvo el sobrehueso del D. Atanasio, que no le deja moverse de la silla cuatro años hace.

—Eso es lo peor. Y Vd., á lo que parece, se ha venido por ahí á veranear?

—No fuera malo, señor mio. Por ese solo placer quedárame en casa, que los tiempos no están para moverse de ella. Vengo, créalo Vd., por la necesidad que tengo de tomar los baños.

—¿Y ya está Vd. instalado?

—Sí, señor: ahí paro en cá de un paisano, en Santa Clara. Mucha bestia, mucha

mosca y bastante ruido hay; pero como dicen que el olor de la cuadra es bueno para el pecho, no me pesa haber encontrado eso. Yo mejor querria un parador con vistas á la mar alta; pero mire Vd. que llegué á dar hasta doce reales por un cuarto en el Sardinero, y el demóntres del posaero se me echó á reir. Conque volvíme ahumando á la ciudad, donde pago medio duro. Le digo á Vd. que la vida cuesta aquí un sentido. Pero la pícara necesidad de los baños....

—Pues hombre, el semblante de Vd. revela mucha salud.

—Calle Vd., por Dios, que estoy hecho una carraca vieja.... Como que si en este mar no la compongo, no me queda más remedio que la huesera....

—¿Ha tomado Vd. ya algun baño?

—Si llegué ayer, de tardecita; y en un carricoche fuí al Sardinero, y en el mismo me volví, ya de noche, cuando ví lo caro que andaba por allí el hospedaje. Ahora

vuelvo allá á enterarme de lo tocante al baño; porque pensar que me he de meter yo en lo que no conozco, siquiera de oidas, es pensar los imposibles. Conque, si ustedes no mandan otra cosa, me alegro de verlos tan buenos, reconózcanme por un servidor, y hasta otro dia, que algunos he de volver, si Dios quiere y la salud me lo permite.

—Muchísimas gracias, y que aprovechen los baños.

—Pues si nó me pintan, no será por falta de *modo* para tomarlos.

EN LA PLAYA.

—Conque, segun las trazas, es Vd. bañero.

—Ya vé Vd.

—Vaya, pues, lo celebro. Yo tambien vengo á tomar baños.

—Me alegraré que aprovechen.

—Así lo espero. Y diga Vd. ¿está esto muy hondo?

—Hay de todo. Si se queda Vd. cerquita....

—¿Y si entro mucho?

—Si entra Vd. mucho, hallará más agua.

—Quiere decir que segun voy entrando....

—Le vá á Vd. cubriendo, cubriendo....

—Eso es, hasta que ¡plaf! se vá uno al hondo.

—Cuando no se sabe nadar....

—Pues es una broma pesada. Y diga Vd., ¿estarán firmes éstas cuerdas?

—Ya lo vé Vd.

—De modo que, bien agarrado uno á ellas, aunque venga la ola de firme... Diga Vd., ¿de qué lado suelen venir?

—Hombre, segun sople el viento; pero, por lo comun, de frente, como ahora.

—Quiere decirse.... eso es, que poniéndome de cara hácia afuera, las recibiré en las espaldas.... Pero entónces no veré lo que viene sobre mí. ¿Cuál le parece á Vd. lo mejor?

—Eso vá en gustos.

—Como tiene Vd. la experiencia ya.... ¿Y si me tiran?

—No suelte Vd. la cuerda.

—¿Y si la suelto?

—Le tiran á Vd.

—¿Y qué hago entónces?

—Agarrarse á la arena.

—¿Es seguro eso?

—A veces.

—Pero ¿no están ustedes para sacar de tales apuros?

—Cuando se nos manda.

—¿Y si no se lo mandan á ustedes?

—Nos estamos, como ahora, paseando por el arenal.

—Aunque yo me esté ahogando?

—Si le viéramos á Vd., y hubiera tiempo.....

—Es decir que puede no haberle.

—Yo lo creo.

—Canastos! Pues ¿cómo hay ahora otros bañeros con aquellas mujeres?

—Porque los han pedido y pagado.

—Ah! vamos. Pues yo tambien tomaré uno.... ¿Tiene Vd. mucha fuerza?

—¿Para qué la necesita Vd?

—Hombre, para un apuro de esos de que íbamos hablando.

—¿Vá Vd. á empezar hoy á bañarse?

—No señor, mañana. Ahora vengo á tomar informes de esto, porque á mí no me hace gracia meterme en lo que no conozco.... Por de pronto, me gustaría más la playa si fuera llana, siquiera media legua adentro.

—Tendría que ver.

—Dicen que algunas son así.

—Valientes playas serán esas.

—Quiere decir que ésta es mejor?

—Como ésta no la hay, hombre.

—Y el agua, ¿tambien es buena?

—De la mejor que se conoce.

—Pues eso es lo esencial para los que venimos á bañarnos por necesidad. Y, á propósito: yo quisiera ver al médico del establecimiento. ¿Andará por acá?

—Cabalmente está ahora en la galería.... Mírele Vd.

—¿Quién es?

—Aquel señor de la barba negra que está hablando con otro jóven delgadito.

—Pues voy á verle ántes que alguno le comprometa.... Conque, amigo, muchas gracias por todo, y hasta mañana; porque yo desearía bañarme con Vd.

—Si estoy desocupado entónces, con mucho gusto.

—Pues lo dicho, dicho.

—(Como yo te eche la zarpa, menudo remojon vas á chuparte.... Yo te diré de qué lado viene la mar!)

CON EL MÉDICO.

—Saludo á Vd., caballero.

—Beso á Vd. su mano.

—Me han dicho que es Vd. el facultativo del establecimiento.

—Tengo en él mi gabinete de consultas.

—Es igual. Pues yo quería consultar.

—Cuando Vd. guste....

—Ahora mismo.

—Pase Vd. á esta habitacion.... Sírvase Vd. tomar asiento.

—Muchísimas gracias, señor de.... ¿de qué, si no le incomoda?

—Zorrilla.

—Hombre! Como ese que hace coplas. ¿Són ustedes parientes, por si acaso?

—Sospecho que no.

—Es que es paisano mio ese Zorrilla, y podria Vd. serlo tambien.

—Pues hágase Vd. la cuenta de que no lo soy.

—Vaya, pues lo siento; porque cuando se halla uno con gente de la misma tierra, le parece que no ha salido de casa.... Pero es igual, con tal que la salud.... Pues yo quería consultar sobre la mia.

—Vd. dirá.

—¿Cuántos baños crée Vd. que debo tomar yo, de cuánto tiempo y á qué hora?

—Si Vd. no me dice ántes por qué los necesita....

—Pues por la salud.

—Ya lo supongo; pero la salud se quebranta por mil causas; cada causa puede dar orígen á una enfermedad, y cada enfermedad necesita un tratamiento determinado.

—Es verdad, y voy á decirle á Vd. de contado lo que padezco. Pues amigo de Dios, ha de saberse Vd. que todo ello resulta de un susto que cogió mi madre el dia en que se casó.

—Es raro eso, hombre!

—Por qué?

—Porque no hallo concomitancia.... Si el susto le hubiera cogido algun tiempo despues....

—Es que yo soy *sietemesino.*

—¡Vamos! Eso ya varía de especie.

—Pues sí señor; se escapó un novillo que se habia de correr aquella misma tarde en la plaza, y arremetió á mi padre en

el momento de salir de la Iglesia con mi madre, despues de casados. Mi madre se desmayó al verlo, vino gente, salvaron á mi padre como de milagro, recogieron á mi madre; y sobre si tuviste tu la culpa ó la tuve yo, armóse despues en el pueblo una de palos que el mundo ardía. Mi madre tardó en volver en sí, pero no echó el susto del cuerpo en mucho tiempo; y puede asegurarse que en todo el embarazo no fué ya mujer: un soponcio le iba y otro le venia. De resultas de todo esto, nací yo hecho una miseria, y hágase Vd. la cuenta que el verme vivo á los siete años le costó á mi padre un sentido. El ruido de una puerta me tumbaba en el suelo; el aire me hacia toser; con el frio, sabañones; con el calor, agonías; con el agua fresca, pasmos; con la templada, vómitos... en fin, que llegué de milagro á los diez y ocho años. A esa edad me entoné un poco ya; y como quedé huérfano y tuve que atender á mis haciendas, el trabajo y la distraccion

me arreglaron el cuerpo algo más, y así estoy; pero, créame Vd., aborrecido de cambiar de médicos y de medicinas. Tan pronto que baños calientes de esta clase; tan pronto que de la otra; tan pronto que las del rio; hoy que friegas, y mañana que restregones; hasta que un médico de regimiento que pasó por el pueblo y que venía recomendado á un amigo mio, me aconsejó que tomara los baños de mar.... y aquí me tiene Vd.

—Bien está; pero todavía no me ha dicho Vd. qué dolencia es la que principalmente le aflige.

—Pues todas esas de que le he hablado.

—¿Cuáles?

—Mire Vd., por de pronto, el estómago.

—¿Le duele á Vd?

—No, señor.

—¿Hace Vd. malas digestiones?

—Por ahí!

—Siente Vd. ardores....

—Quiá! Lo que me pasa es que yo soy

de mucho comer, y que en cuanto cómo algo más que lo de costumbre, siento aquí un peso....

—Y repugnancia?

—No, señor; nada más que el peso, que me dura como un par de horas.... hasta que....

—Vomita Vd., eh?

—No, señor, me quedo como un reló... y con un hambre de dos mil demonios.

—Hola!

—Y eso es lo que á mí me hace cavilar, porque parece mentira que con lo que yo cómo no se me quite el hambre.... y, sobre todo, el peso.

—Y la cabeza ¿qué tal?

—La cabeza.... esa es otra más gorda. Cuando tenía veinte años, resistía yo el sol de la era toda la mañana, en pelo, sin que uno de ellos me doliera; pues ahora ¡ya te quiero un cuento! á las dos horas de estar al sol, ya sudo, y me entran los desperezos.... Y esto es lo que tambien me vá dando cuidado.

—Y es grave, en efecto.

—Lo vé Vd!

—Sí, señor, bastante grave..... ¡muy grave!

—Cuando le digo á Vd. que paso la vida en una agonía.... Y lo que más rabia me dá, es que todo el mundo dice que me quejo de vicio, y que patatin y que patatan.... Hasta los facultativos se han reido de mí!... Conque ¿le parece á Vd. que me sentarán estos baños?

—Están indicadísimos.

—Y ¿cuántos?

—Lo mismo una docena que dos.

—Yo creí que siempre se tomaban nones.

—Tome Vd. nones.

—Así me parece mejor. Y ¿de cuánto tiempo?

—Hasta que Vd. tirite de frio.

—Y miéntras esté de baños, ¿podré tomar fresco?.... porque á mí me gusta mucho.

—A mí tambien en este tiempo.

—Luego cree Vd. que podré tomarlo?

—A todas horas.

—¿Antes del baño tambien?

—Y despues del baño.

—¿Y para el desayuno tambien?

—Tambien para el desayuno.

—Caramba!... Y ¿qué fresco elegiré?

—El que corra.

—¿Y si corren varios?

—Los toma Vd. todos.

—Hombre, será mucho! Yo prefiero la merluza sola.

—Ah! vamos. Vd. me hablaba del pescado.

—Sí, señor, le llamamos *fresco* en mi tierra.

—Pues, en ese caso, tengo que corregir... El mejor pescado para Vd. es el atun.

—No me disgusta; pero yo creia que era más *pesado* que la merluza. Y ¿á qué hora lo tomaré?

—Un poco ántes de meterse en el baño.

—Hombre! ¿Y en qué cantidad?

—Un par de libras, si caben.

—Yo lo creo!

—Pues á ello.

—¿En seco?

—De ningun modo.

—Entónces, clarete.

—Nada de eso; aguardiente es mejor reactivo.

—Es verdad. Y diga Vd., ¿cómo aprovecha más el baño, entrando poco á poco ó de sopeton?

—Ni de un modo ni de otro: á Vd. le conviene el trote.

—Y despues me acurruco, agarrado á la cuerda.

—No, señor; despues de darse Vd. una trotada por el arenal....

—Ah! conque ha de ser por el arenal?

—Precisàmente; se echa Vd. de cogote...

—Al agua?

—Naturalmente.

—Pero ¿cómo?

—¿Sabe Vd. nadar?

—Como un canto.

—Entónces véngase Vd. á la galería, y desde allí le enseñaré yo.... ¿Vé Vd., á la derecha, aquel peñasco que se mete más que los otros en el mar?

—Sí que le veo.

—Pues desde allí se tira Vd. de cabeza.

—Zambomba!... ¿Y despues?

Despues?... despues vá Vd. á contárselo á su abuela.

—Jajajá.... ¡qué buen humor tiene este señor de Zorrilla!... Pues anda! que se ha largado.... y sin cobrar la consulta. A bien que todos los dias he de verle despues del baño para explicarle el resultado y pedirle el plan para el siguiente.

EN LA DESPEDIDA.

—Conque, vaya Vd. mandando lo que se le ofrezca para mi tierra.

—Tan pronto!

—Y la mitad me sobra.

—Como vino Vd. á bañarse....

—A matarme, dirá Vd.

—Es decir que no han sentado los baños.

—En la misma boca del estómago.... y eso tan solo con olerlos. Conque, ¡figúrese Vd. si llego á probarlos!

—No comprendo....

—¿No se acuerda Vd. que le dije que el médico me habia mandado tomar, ántes de bañarme, dos libras....

—Mucho que sí.

—....Y Vd. se empeñaba en que era una broma del señor de Zorrilla para darme á entender que yo era un aprensivo, y que torna y que vira? ¡Mal rayo me parta!... Pues bueno: yo que tomo al pié de la letra todo lo que toca á la salud y al modo de recobrarla, porque la tengo perdida, aunque diga lo contrario el mundo entero, el dia siguiente al de la consulta me bajé por la mañana al Sardinero, despues de haberme envasado las dos libras de

bonito y el medio cuartillo de aguardiente. Vestíme de bañista, salíme al arenal, y comencé á trotar en redondo. La gente me miraba. Eran las diez, y no parecía sino que Dios echaba rescoldo por el cielo abajo, segun las ampollas que sacaba el sol. A la media vuelta ya sudaba, y á los cinco minutos hubiera jurado yo que el aguardiente estaba en llamas y el bonito hecho una lumbre.... ¡Le digo á Vd. que aquello era abrasarse vivo! Así es que, á las pocas vueltas, porque las daba por largo, me caí redondo en el arenal. Acudió la gente, y tambien el médico que andaba por allí, hízome echar por la boca hasta los hígados; y despues de llamarme bárbaro muy serio, contó á la gente lo de la consulta, y acabaron todos por reirse de mí. ¿Le parece á Vd. que el lance era de risa?.... Pues toda esa falta de caridad la enmendó el facultativo con decirme que cómo él pudo imaginarse nunca que hubiera un hijo de Adan tan.... Adan,

que tomara en serio lo del bonito y lo del trote ántes del baño; que si lo que yo habia tenido en el cuerpo lo mete él debajo de una peña, la levanta en vilo; que si, hallándome vivo despues de lo ocurrido, no me convencía de que mi salud era de bronce; y, por último, que no tentara más á Dios, que me volviera á mi pueblo á cuidar de mis haciendas, y que no aburriera más al prójimo llorando males que no tenía.... Con esta rociada por todo consuelo, me vestí, volvíme á la posada y me metí en la cama á sudar, que poco me costó con el calor que hacía.

—¿De manera que ha hecho Vd. el viaje en balde?

—No lo crea Vd.... y por algo se dijo que «por lo más oscuro amanece.» Hablando yo de estas cosas, á los tres dias, con un compañero de posada, me dijo que él tambien habia rodado mucho por el mundo buscando la salud, y que no la habia encontrado hasta que se la dió un curan-

dero ¡pásmese Vd! un remendon que trabaja en un portal de esta misma ciudad. ¡Y decir á Dios que hay médicos que gastan coche! Pues señor, que me alegró la noticia, que me animé y que fuí á consultar con el curandero.... Le digo á Vd. que es preciso verlo para creerlo. No hizo más que saber que yo estaba enfermo, y sin dejarme hacerle historia alguna de la enfermedad, me estiró los brazos hácia adelante, me juntó las manos, y poniéndome una de las suyas en la boca del estómago, me dijo:—«Vd. tiene toda la maleza en el arca, motivado á que los güétagos se han arrimado mucho al padrejon, á causa—¡esto es lo más asombroso!—de que las dos paletillas no encajan bien en el espinazo....» Pues en esto, señor mio, no ha dado hasta hoy ningun facultativo.

—Lo creo sin dificultad. ¿Y qué remedio le dió para tan complicada enfermedad?

—Uno que me parece tan sencillo como

cuerdo: dos parches y un haz de yerbas. Uno de los parches me coge desde la nuca hasta la *curcusilla;* el otro es para encima del estómago.

—¿Los tiene Vd. puestos ya?

—No señor; los llevo para ponérmelos en cuanto llegue á casa; porque, tan pronto como me vizme, tengo que meterme en la cama y estar en ella veintisiete dias, boca arriba, sin moverme.

—Y las yerbas?

—Las yerbas son para cocerlas. De este cocimiento he de tomar, miéntras esté en la cama, dos azumbres por la mañana y otras dos por la tarde. De este modo dice el curandero que romperé en aguas abundantes, y que á la vez que con ellas sale toda la maldad, con los parches fortificaré el estómago y entrarán en sus propios gonces las paletillas.... Conque, sírvase Vd. darme lo que me resta del crédito que traia, porque ya me parece que tardo en llegar á casa para ponerme en cura, y

mande lo que guste para aquellos señores.

—Resueltamente vá Vd. á ejecutar el plan del curandero?

—Como estamos aquí los dos.

—En ese caso, venga un abrazo..... y apriete Vd. bien.

—¿Por qué tan apretado?

—Por si no volvemos á vernos.

UN DESPREOCUPADO.

Se dá un aire á todos los hombres que conocemos ó recordamos, de escasa talla, comunicativos, afables, sin afectacion ni aparato, limpios y aseados, que siempre parecen jóvenes, y llegan á morirse de viejos sin que nadie lo crea, porque hasta el último instante se les ha llamado *muchachos* y por tales se les ha tenido; hombres por el exterior insignificantes y vulgares hasta en el menor de sus detalles; hombres, en fin, de todos los pueblos, de todos los dias y de todas partes.

Se llama Galindo, ó Manzanos, ó Cañales, ó Arenal.... ó algo parecido á esto.

pero á sécas; y á nadie se le ocurre que tenga otro nombre de pila, ni él mismo le usa nunca.

—Ya vino Galindo!—se nos dice aquí un dia al principiar el verano.—Y cuantos lo oyen saben de quién se trata, como si se dijera:

—Ya llegaron las golondrinas.

Tiene fama, bien adquirida, de fino y caballero en sus amistades y contratos, y no se ignora que vive de sus rentas, ó á lo ménos sin pedir prestado á nadie, ni dar un chasco á la patrona al fin de cada temporada; y esto es bastante para que hasta los mas encopetados de acá se crean muy favorecidos en cultivar su trato ameno.

Al oirle hablar de las cinco partes del mundo con el aplomo de quien las conoce á palmos, tómanle algunos por un aristocrático Esaú que ha vendido su primogenitura por un par de talegas para *correrla*; quién por un aventurero osado, sin

cuna ni solar conocidos: quién por antiguo miembro del cuerpo consular, ó diplomático de segunda fila.... Pero lo indudable es que ha viajado mucho, y con fruto; y que no teniendo en su frontispicio pelo ni señal que no sean comunes y vulgares, no hay terreno en que se le coloque del cual no salga airoso, cuando no sale en triunfo.

Tampoco, mirado *por dentro*, posee cualidad alguna que brillante sea.

No es elocuente, no es poeta, no es artista: no es perfecto ni acabado en nada.

Pero, en cambio, tiene un poco de todo... y algo más: es, por de pronto, un estuche de *cosas*. En manejarlas á tiempo consiste su habilidad.

Con ella y con su impenetrable *cara de baqueta*, en su boca no se distingue la verdad de la mentira, y eso que las echa gordas; y en cuanto á sus *cosas*, ni es avaro ni despilfarrador de ellas; quiero decir que ni es entremetido, ni se hace rogar

mucho. Como los buenos músicos, entra en el concierto en que hace falta, cuando le corresponde: ni ántes ni despues.

Cuando, por primera vez y solo, se presenta en una tertulia, nadie frunce el ceño ni le pregunta con gestos ó con palabras: «¿Qué busca Vd. por aquí?» Antes bien, se le recibe con palio, y se le dice, entre sonrisas y agasajos:

—Oh... Galindo! ¡Acabara Vd. de llegar!

Ni más ni ménos que si se le esperara y fuera antiguo contertulio de la casa. Y desde el mismo instante, Galindo es el alma de aquellas reuniones.

Una noche falta quien toque el piano para bailar. Galindo no conoce una nota de música; pero sabe de oido unas cuantas piezas de baile; y se sienta en el banquillo y araña el teclado, y toca lo que se necesita.

No tiene voz, ni condicion alguna de cantante, y cuando llega el caso, acompañándose él mismo al piano, suelta un

par de canciones picarescas de acá ó de allá, que alborotan la reunion.—Si se trata de hacer coplas, nadie le gana á hacerlas pronto y al caso, aunque le ganen todos á poeta.

Que no se baila, ni se canta, ni se hacen coplas, y la gente se agrupa en los gabinetes, medio aburrida, medio soñolienta.—Allí está Galindo para reanimar los decaidos espíritus. Para entónces son las anécdotas frescas, ó los recuerdos de Calcuta, ó de Constantinopla. Y tras esto y un sin número de mentiras verosímiles sobre las mujeres del Cáucaso, ó los hombres de Ceilán, llegará á hablarse, por ejemplo, de objetos raros, y habrá allí quien crea decir mucho diciendo que ha visto camisas de hoja de llantén, catalejos de trapo, ó chocolate sin cacao.... y tantas cosas más como se anuncian todos los dias, en estos de extravagancias que corremos.

No dejará Galindo de admirar las cita-

das rarezas, con toda la expresion que cabe en su estilo lento y suave, y en su cara impasible; pero hombre que ha corrido y visto tanto, no puede estar sin algo que citar á propósito de rarezas; y no lo está en efecto; y saca un grueso anillo de uno de sus dedos, y se le presenta á la reunion, diciendo:

—A que no saben ustedes qué piedra es esta?

Y la gente se abalanza al anillo, y le dá mil vueltas, y recorre la lista conocida de piedras buenas y malas, sin que falte la de Colmenar Viejo, á la cual se parece en el color la del anillo; pero nadie acierta. En vista de lo cual, dice Galindo

—Eso que ustedes creen piedra, no lo es.

Nuevas ansiedades, nuevo exámen y nuevas conjeturas.

—Pues ¿qué es, si nó?—se le pregunta al cabo.

—Eso es—responde Galindo, lenta y dulcemente—hígado de cocodrilo, endu-

recido al sol, en Pekin. Se lo compré al joyista que lo hace para la corte imperial; ó mejor dicho, me lo cambió por una zamarra fina que llevaba yo de España.

Para calmar el asombro que esta respuesta produce, muestra una bolsa de *tripa de un indio*, medio devorado por un tigre en una cacería á que asistió él, y se refiere á una corbata que tiene en casa, hecha de piel de culebra, por un indígena del Canadá.

Cuando se agota este catálogo, tiene Galindo á su disposicion otro mas abundante todavía. Por el procedimiento de las pajaritas de papel, hace, entre mil primores, catedrales, y navíos de tres puentes; y de un tijeretazo solo, sobre el mismo papel convenientemente plegado, saca una procesion de Jueves Santo, con sus pasos, curas, monaguillos, autoridades, músicas y piquete. De sombras en la pared, no digo nada, ni tampoco de problemas de dibujo á lapiz, á punta de cigarro

y hasta á moco de candil: así *pinta* el dia y la noche, el sol y la lluvia, de dos ó tres rasgos, y gatos y perros.... y demonios colorados.

En la calle, no hay forastero á quien él no conozca de vista y de trato. Sabe las rentas ó las trampas de cada uno, y lo que ántes tuvieron y lo que esperan, ó lo que temen, y la vida que hacen en Madrid, y quién de ellos trae señora propia y quién pegadiza ó temporera; y dónde la ha adquirido, y *á cómo;* y quien se la corteja y con qué éxito, y si el cortejo es andaluz ó salamanquino....

Hablando de parecidas cosas conmigo en una ocasion, iba delante de nosotros el aludido, sin haberle visto yo.

—En suma—me dijo:—el duque de los Frijoles es un perdido, y la duquesa, tan perdida como el duque.

Y en esto volvió la cara el tal: y cuando yo creí que iba á romper el bautismo al maldiciente, rióse hácia él, le tendió la mano y le dijo afectuosísimo:

—Ah, tuno! ¿conque venia Vd. detrás?

—¿En qué lo ha conocido Vd.?—le preguntó Galindo muy sereno.

—En la voz. Y apuesto á que estaba Vd. despellejando á álguien.

—Precisamente.

—Amigo de Vd. por supuesto.

—Cabal.... Como que hablaba de Vd.

—¡Ah, mala lengua!

Dijo, y dándole al propio tiempo un golpecito en el hombro, como si aun tuviera que agradecerle mucho, alejóse el señor duque y se quedó Galindo tan fresco.

No desconoce uno solo de los secretos *íntimos* de la política. El os dirá, con pruebas, cuando ménos verosímiles, por qué se sustituyó tal ministro con cual otro: á qué movil obedeció la evolucion de aquel periódico, ó la cesantía de cierto personaje, ó el encumbramiento de esotra vulgaridad, ó por qué no puede salir de apuros el Tesoro.... Y sus *causas* jamás son las causas que conoce ó que sospecha el

vulgo; siempre son particularísimas, personales y microscópicas, con relacion á sus efectos.

De cómicos y toreros, no se diga: á todos los trata y los tutea, como si los hubiera parido, y habla con ellos de la escena ó del *redondel* con el aplomo y la autoridad de Romea ó de Costillares.

En lo físico, es sano y duro como un diamante; jamás se constipa ni se queja del estómago; y eso que no se abriga más que lo de costumbre, y come tanto como habla, si la ocasion se le presenta.

Y digo esto de la ocasion, porque áun cuando ordinariamente es sóbrio y metodizado, come cuanto le pongan por delante, aunque haya comido ya, si á comer se le convida, ó si se acepta el convite que él proponga, pues hace á todo.

Como no viene á bañarse, sino á veranear, y tampoco le es muy simpático el ceremonial del Sardinero, vive en la ciudad en una fonda, ó en una de las mejores

casas de huéspedes; lo cual no obsta para que dé cuenta, si se le pide, de cuantas personas habitan en aquellos *hoteles*, con sus correspondientes vidas y milagros.

En agosto hace una escapadita á ver las corridas de Bilbao, y en setiembre arregla su marcha definitiva en combinacion con las ferias de Valladolid y la apertura de los teatros de la Corte, donde, por lo visto, se pasa gran parte del invierno, no sé cómo ni con quién.

Qué familia y qué patria son las suyas, se ignora siempre; y se ignora, porque jamás se le ha preguntado por ellas; y no se le ha preguntado, porque se prefiere ignorarlo, y se prefiere esto, porque desde el instante en que estos hombres tienen patria y familia, y nombre como cualquier otro nieto de Adan, ya no son Galindos, ni Manzanos, ni Arenales á sécas, y pierden su peculiar carácter de universalidad, en lo que estriba la mayor parte de su mérito.

LUZ RADIANTE.

Un si es no es macilento, desmayado de barba, corto de vista y regularmente ataviado.

Tal es su facha. En cuanto á su fecha, lo mismo puede venderse por hombre que parece un jóven, que por jóven que parece ya un hombre;... y cuenta que hablo en vulgo limpio, por lo cual ha de entenderse esto de hombre, por *hombre de cierta edad*.

Le habreis visto, con un libro en la mano, en la braña del *Cañon*, sentado á la sombra de un bardal; ó en idéntica postura é igual ocupacion, sobre escueta roca entre

los dos Sardineros; ó á la entrada de los Pinares; ó en un rincon de la Galería, con los piés sobre la balaustrada y el tronco desencuadernado en una silla; ó paseándose por el arenal, absorto en la lectura, como jóven alumno repasando la leccion en el patio del colegio.

Y aseguro que le habreis visto, porque aunque jamás abandona el libro, y parece la meditacion su natural elemento, siempre elige para el estudio las horas de más ruido y busca la soledad á orillas de todo movimiento.

Es de Madrid, vive en un *hotel* del Sardinero, y á juzgar por lo que se vé, priva mucho con todas las señoras circunvecinas.

Lo cual no es de extrañar, visto lo docto que es en todos esos tiquis-miquis que forman el arte de agradar en la sociedad *distinguida*.

¡Qué donaire tiene, el indino, y remilgado pespunteo de palabra para revolver

un corrillo de pizpiretas jovenzuelas! Qué mirar de ojos, qué rasgar de boca y accionar de índice para decir, por ejemplo:—«Vamos, Conchita, ya se ha descubierto por qué esperaba V. el correo anoche con tanta impaciencia.» Ó: «¿Saben ustedes por qué está Soledad tan preocupada?... Lo vén ustedes? Ya se sonroja.» Ó: »Carmela, en mi solitario paseo de esta madrugada me han revelado las *Ondinas* el secreto que Vd. me ocultaba ayer. ¡Ah, picarilla!..

....¿Dicen ustedes que éstas son impertinentes y sobadas vulgaridades?.... Séanlo enhorabuena; pero atrévase un buen Juan á hacerse con ellas solas hombre ameno y travieso, y verá como le plantan en seco. Hay que desengañarse: para decir ciertas cosas y brillar en ciertos terrenos, hay que ser mozo *de cierta catadura*.

La del de quien vamos hablando parece cortada para el oficio. Como ramo de su ciencia, conserva en la memoria muchas anécdotas rechispeantes de la últi-

ma campaña del *gran mundo*, y anuncia el desenlace de más de un suceso interesante, para la próxima. Y como todos los del corrillo son de Madrid, dicho se está que las agudas murmuraciones y los retorcidos discreteos, no languidecen un punto, por falta de interés.

Posee otra cualidad muy importante. para esto de veranear con éxito en una provincia entre las personas que lo han por oficio: sabe de corrido toda la fraseologia literaria y musical de moda entre la gente madrileña.

Y cuidado, que esto no es grano de anís. Figúrense ustedes que por allí anda muy en voga Dante, como anduvo un invierno, porque un orador del Parlamento dijo, á cuento de no sé qué.

Non ragioniam di lor, ma guarda e passa, cosa, por lo visto, hasta entónces no oida en Madrid, segun la prisa que se dió todo el mundo, en papeles y en corrillos, á traducir la cita, á estudiar el pasaje entero.

á desentrañar el intríngulis, á hablar de la *Divina Comedia* y hasta á poner en perverso castellano el inmortal poema. En tal caso ¿qué jóven que se precie de *ilustrado* ha de salir á provincias el verano siguiente, sin saber decir, por ejemplo, cuando se le cae de la boca la punta del cigarro, ó de la mano el baston, que se le cayeron

....como corpo morto cade?

ó cuando quiere bromearse con alguno que no encuentra lo que busca, ó que llega tarde:

Lasciate ogni speranza?...

ó si trata de pintar el abismo en que se han hundido sus ilusiones:

Nel mezzo del camin di nostra vita
me ritrovai per una selva oscura...?

Si el de moda es Goethe, porque se cantó en *el Real* una ópera cuyo argumento está tomado de su célebre poema, no hay mas remedio que llamar *Fausto* á todo viejo galanteador y acicalado, *Margarita*

á toda jóven que suspira, y *Mefistófeles* á todo señor que tenga la nariz afilada, rasgada la boca, trigueña la color y zurda la mirada.

Si es Flotow el que priva, hay que saber, por lo ménos, entonar á media voz, con los ojos fruncidos, las uñas clavadas en el pecho, y mucho arrastre de amargura, aquello de

¡Marta Marrrrrrrrrta!

como nos cantaban en una ocasion todos los señoritos que venian de Madrid, empeñándose en que habia uno de llorar oyéndolos, porque en *el Real* lloraba toda la gente cuando lo cantaban Talini.... ó Cualini, tenores de mucho *sentimiento*.

Cuando reinan estas epidemias en el pueblo, no hay mas remedio que aguantarlas como mejor se pueda, y resignarse á exclamar en cada *caso*, siquiera por no hacerle mas grave: Admirable! magnífico! arrebatador!

Pues iba diciendo yo que para evocar

estas reminiscencias, citar aquellos textos y cantar las otras ternezas, nadie como el amigo de quien vamos hablando.

No sé si he dicho, ó ustedes lo han comprendido ya, que es literato, ó que cree serlo.

Por de pronto, escribe quintillas en el arenal con la punta del baston, y en la tertulia de la noche lee á las señoras tal cual balada tierna, ó alusivo soneto.

Si hemos de creerle, conoce á todos los hombres de letras, y se tutea con los mas talludos.

Lo cierto es que si llega al Sardinero alguna celebridad de este género, él es quien le presenta á las damas y se compromete á que el presentado les lea *alguna cosa:* á cuyo compromiso corresponde éste (despues de asegurar que viene enteramente *desprevenido)* leyendo una comedia resobada, ó una oda que ya reluce de tanto manoseo, las cuales saca de un enorme cartapacio de poesías que ya han sido

leidas por el autor trescientas veces en Ontaneda ó Las Caldas, miéntras tomó aquellas aguas.

Como piensa hacer algunas investigaciones históricas, arqueológicas y geográficas en la provincia, ha traido con su equipaje una mochila, un grueso garrote con agudo regaton de hierro, y borceguíes ingleses de ancha y claveteada suela. Parece ser que todas estas cosas ayudan mucho á recoger noticias sobre aquello que se trata de conocer y describir, especialmente en un país como éste, en el cual hay un pueblecillo á cada cuarto de legua; una casa en qué dormir regularmente, y comer, aunque no muy bien; buenos senderos para cabalgaduras de alquiler, cuando nó excelentes caminos para carruajes; poquísimas antigüedades, y esas á la vista y muy estudiadas ya; nada de historias del otro mundo, y ninguna montaña que escalar á uña y puntera, porque todas son cómodamente accesibles por algun

costado. Y la prueba de que este atalaje debe servir de mucho al *tourista* para sus exploraciones, es que el nuestro, aunque le lleva á cuestas, no camina á pié, ni come de la fiambrera, ni duerme al socaire de los torreones; ántes aprovecha el mullido *wagon de* 1.ª hasta donde le conviene, y luego la diligencia, y hasta los caballejos y carros del país, como hacemos los hombres vulgares, y las fondas y las tabernas y los figones. Luego la mochila y el báculo y los borceguíes que evidentemente no sirven para lo que en rigor significan, tienen alguna virtud de *carácter* que atrae, combina y depura todo lo que vá buscando en sus peregrinaciones un erudito á la flamante usanza, cuando con ellos carga, como con el fardo de sus pecados. Que es lo que yo queria demostrar, recelándome alguna observacion maliciosa de tal ó cual lector demasiado *montañés*.

Y ahora continúo diciendo que este ilustrado mortal, en los ratos que le dejan

libres sus baños, sus abstracciones solitarias, sus discreteos públicos, sus inscripciones poéticas en los arenales, en las rocas duras y hasta en los troncos resinosos de los Pinares, escribe correspondencias á un periódico de Madrid, que las agradece mucho y quizá las paga.

La última que yo leí impresa, despues de haberla leido el autor manuscrita y recien nacida, á sus bellas contertulias, decia, entre otras muchas cosas, *plus minusve* lo siguiente:

. . . .

«¡El mar!.. ¡¡La mar!!.. ¡¡¡Los mares!!!... ¡¡¡¡Las mares!!!!.... Ah!.... Ohhhh!.....

Perdone Vd. señor Director. Perdonadme vosotros, mis queridos compañeros: faltan palabras á mi pluma para expresar cuanto la mente concibe en este horizonte sin medida, sobre este abismo sin fondo. ¡El mar! Pero ¿por qué son verdes sus aguas? por qué son salobres? qué fuerza las precipita contra la roca dura que aho-

ra me sirve de pedestal? por qué suben? por qué bajan? ¡Inescrutables misterios de la Naturaleza!... Pero ¡qué espectáculo, gran Dios!... Contemplándole, el corazon palpita, la mano tiembla, los ojos se turban. El sol sin una nube que empañe sus fulgóres; la brisa rizando la inquieta superficie de las aguas sin fin; la blanca gabiota cerniéndose voluptuosa en el espacio; bajo la gabiota, la esbelta nave de tajante proa; allá el puerto; acá el escollo; allí la espuma; aquí las flores; y en todo y sobre todo un torrente de luz y una embriaguez de aromas.... Ah!.... Mas ¿qué es esto? el trueno ruge; cruzan la atmósfera rayos y centellas; se respira el hálito abrasador de la tempestad; desgájase el secular peñasco; húndese en el abismo, y se elevan hasta mí los pliegues espumantes del salobre sudario que le envuelve.... Se columbra un punto en el horizonte *¡Helás!* Es una nave. Distingo perfectamente al angustiado náuta que im-

plora el auxilio de los hombres.... Muchos son los que pueblan la orilla, pero ninguno acude. El que vá á *hacer naufragio* no implora el auxilio para él solo.... tambien le necesitan sus tiernos camaradas de *equipaje*.... Yo me arrojo á la mar, y los salvo á todos, entre los saludos y los aplausos de este querido bello sexo, regulador de todas mis acciones, inspirador de mis más elevados pensamientos, y fin y exclusivo objeto adonde hasta el menor de mis intentos se endereza.

»En la próxima semana emprenderé mi viaje de exploracion por la provincia. Mi primera jornada concluirá en Colindres, bellísima capital de la Liébana, region que, como ustedes saben, se extiende desde el Valle de Camargo al de Reocin, y está protegido, al Oriente, por los Picos de Europa, y al Occidente por el Monte de Cabarga, *el de las eternas nieves*. Segun Estrabon y Quinto Curcio, esta parte de la provincia fué la verdadera Cantábria, la

que dió aquellos héroes que entregaban el robusto cuello, cantando himnos guerreros, al hacha de los esbirros de Felipe II, cuando este fanático monarca, no pudiendo implantar aquí el bárbaro tribunal de la Inquisicion, por repugnar á los altivos pechos de estos libres montañeses, ocupó militarmente el país. Algunos rasgos típicos de esa raza insigne se observan todavia en sus actuales descendientes, los famosos pasiegos, únicos pobladores de la Liébana. Pero, mejor que en el sello fisonómico, revela su ilustre procedencia esta hermosa gente en sus costumbres nómadas é independientes. Anidan, como las águilas, en los picos de las rocas; jamás pisan las sendas frecuentadas, ni duermen dos noches consecutivas bajo un mismo techo. Se alimentan de frutas silvestres y de carne montaraz; pues su ocupacion exclusiva es la caza, pero con honda, la cual manejan con una destreza asombrosa.

Mas de esto y otras muchas cosas tan

auténticas como interesantes, hablaré á mis bellas lectoras en las sucesivas correspondencias y en un libro que traigo entre manos tiempo há.»

Con lo cual se queda el corresponsal tan satisfecho, el periódico tan hueco, los lectores que no conocen esta provincia tan enterados, y los pocos montañeses que le leen, haciéndose cruces con los dedos.

Pero no impide, sin embargo, que la prensa local que nos anunció su llegada en junio, nos diga un dia, á mediados de setiembre:

«Hoy ha salido para Madrid el distinguido publicista D. F. de Tal, despues de haber permanecido más de dos meses *entre nosotros*. En las varias excursiones que ha hecho por la provincia, ha recogido gran cantidad de curiosos y fidedignos datos, los cuales piensa utilizar para dar á la estampa un libro que tratará de la historia, carácter y costumbres del pueblo montañés, desde los más remotos tiem-

pos hasta nuestros dias. Nos atrevemos á rogar al insigne literato que cuanto ántes nos haga conocer su obra, que seguramente habrá de darle tanta gloria como títulos al aprecio de todo montañés que estime en lo que vale el buen nombre de su patria.»

Y, adelante con los faroles; que en los venturosos tiempos que corren,

Sic itur ad astra:

ó, como dijo el otro,

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento.

BRUMAS DENSAS.

Estos son dos, y cada uno de ellos pudiera pedir un cuadro aparte; pero es de saber que siempre que trato de sacarlos del fondo de mi cartera, al tirar del uno hácia arriba, sale enredado el otro con él; de donde yo deduzco que son tál para cuál, y uno en esencia, aunque dos en la forma.

Tiro, pues, de ellos, agarrando á tientas; y ahí tienen ustedes al primero.

Convengamos en que es mozo de gran estampa.—Pedrusco en el anillo que recoge los dos ramales de su chalina: pedruscos en los dedos: pedruscos en el pe-

cho y pedruscos hasta en la leontina: flamante vestido de lanilla; leve pajero muy tirado sobre los ojos, estos de mirada firme, pero no muy noble; largo cigarro en retorcida y caprichosa boquilla; la siniestra mano en el correspondiente bolsillo del pantalon, y en la diestra flexible junco.

Sin embargo, aunque sus ojos son negros, y negras las anchas relucientes patillas, y es regular su boca y blanca su dentadura y alta su talla, no puede decirse de él que es lo que ordinariamente se llama *una buena figura*. Mirado mas al pormenor, tiene juanetes en los piés, ásperas y muy gruesas las manos, demasiado redonda la cara y muy destacados los pómulos. Además, carece su persona de ese aire de que todos hablamos, que todos conocemos á la legua, pero que nadie sabe definir, y al que, por darle algun nombre, se llama vulgarmente *buen aire*, ó *aire distinguido*; cuya falta es, sin duda, la causa de que, á pesar de su pedrería, que re-

lumbra mucho, y de su boquilla, que sin cesar ahuma, pase este mozo enteramente inadvertido, como figura vulgar é insignificante.

Anda con parsimonia, lo poco que anda, como hombre que no lleva prisa, ni se preocupa de cuanto le rodea miéntras vá andando.

Se lee más en su frontispicio cuando está parado á la puerta del café, de una iglesia, del teatro, ó de la plaza de toros, que siempre son sus sitios de parada y para los cuales ha nacido, como la estatua para el pedestal. Arrimado á las jambas de una puerta, flagelándose una pernera con el junquillo, lanzando de la boca espirales de humo y dignándose apénas fijar la vista en los que entran ó en los que pasan, es precisamente cuando su cuerpo revela mas soltura y lucen en sus ojos chispas de inteligencia. Al verle pegado á esas puertas, siempre que al otro lado de ellas se oye el rumor y hasta se huele el

tufillo de las muchedumbres *emparedadas*, (pues es de advertir que jamás se arrima á puerta que no encierre mucha gente) cualquiera pensaría que el ruido le aturde, que el calor le marea y las estrecheces le sofocan; y, sin embargo, deteniendo sobre él un poco la curiosidad, puede observarse que siempre se le ocurre entrar cuando los demás comienzan á salir, como si las apreturas fueran su deleite y hallara en rozarse con pechos y solapas un atractivo irresistible.

Obsérvase tambien que, por lo comun, es de noche mas activo que de dia. Su andar es más resuelto entónces; y si á la luz del sol le gustan los sitios mas públicos y concurridos, á la del gas prefiere las calles mas solitarias y sombrías, en alguna de las cuales suele desaparecer por largas horas.

Llega á Santander dias ántes de los de ferias y toros; pero ni él mismo sabe fijar la época de su marcha, porque ésta

depende, á menudo, de los agentes de la autoridad, que pueden echârle la mano encima, en el momento en que él pone la suya sobre el relój de su prógimo, ó está en un garito tirando el *pego* á dos docenas de incautos á quienes vá desbalijando con el auxilio de otros camaradas de oficio; ó tanteando los intestinos de la ciudad para buscar una salida por los fondos de la caja del Banco....

Y aquí asoma ahora, lector, el otro tipo, enlazado, por estas profundidades, á la figura de la cual voy tirando para mostrártela en todas sus principales actitudes. Hablemos de él, pues que se empeña, como si fuera un miembro del otro cuerpo, ó una cereza del mismo ramillete.

Viene á *veranear* mucho ántes que el otro, y con un pelaje bien diferente. Su tipo es el de *un caballero que ha venido á ménos*. Negra la raida levita, negra la deshilada corbata, negros los relucientes pantalones, negras las puntas que se ven de

su chaleco, negra la descuidada barba, negros los ásperos mechones de su pelo y negras las puntas afiladas de sus luengas uñas. En esta figura no hay nada que blanquee; ni siquiera la camisa. Los únicos puntos ménos oscuros de este veraniego nubarron, son dos puntos pardos, ni siquiera grises: los zapatos y el sombrero.

No busqueis esta figura entre los recodos de apartada callejuela, huyendo avergonzada de los resplandores de la luz, ó temiendo manchar con su contacto la brillante librea de los capitalistas: ni tampoco en oscuro taller, encorvado sobre la tosca herramienta para ganar, con un trabajo, extraño quizá á sus hábitos y procedencia, un miserable pedazo de pan; ni en la estrechez de una buhardilla repartiendo ese mendrugo entre una esposa y unos niños estenuados por el hambre y envejecidos por la miseria y por las lágrimas. Si de ese grupo fuera esta figura,

yo no profanara su augusta miseria presentándola en esta breve galería de debilidades risibles y áun de cosas abominables. Buscadla, pues, entre la engalanada concurrencia de calles y paseos, haciendo de su mugriento equipaje una desvergonzada protesta, y lanzando punzantes miradas sobre los que pasan, como si le debieran la camisa limpia, las botas nuevas ó el gaban sin manchas.

Si con esta luz no columbrais aún el tipo, os apuntaré otro dato que necesariamente ha de iluminar vuestra memoria.—Durante lo mas recio de un chubasco estival, de esos cuyas gotas pesan, cada una, medio cuarteron, y despues de saltar de rebote hasta los balcones, convierten las calles en torrentes; cuando las losas relucen, y el tránsito cesa, y comienzan las ratas á asomar por los sumideros huyendo de la inundacion, y los chicos las apedrean, y la gente, pegada á las fachadas, porque ya están llenos de ella

los portales y las tiendas, silba y aplaude y rie á carcajadas celebrando las corridas, y asoman cabezas por los entresuelos, y hierven, hasta levantar la tapadera, las alcantarillas del Correo, y se inunda la calle de San Francisco; cuando todo esto y mucho más sucede, un solo mortal atraviesa impávido la Plaza Vieja, ó marcha Muelle adelante por la acera del mar, sin paraguas, en chancletas, con las manos en los bolsillos, y, por toda precaucion, la cabeza muy hundida entre los hombros. Pues ese es.

Probablemente habreis recibido alguna vez su visita. Es hombre que hace muchas, recien llegado.

Un dia os anuncia la inexperta fámula que ha llamado á la puerta un *caballero* que desea hablaros. Con tal anuncio, la decís que le introduzca en lo mas sagrado de la casa; y cuando acudís á recibirle, os le hallais, como la estatua del desconsuelo, con las manos cruzadas sobre

el cóncavo vientre, el sombrero entre las manos, y la mirada tangente á las fruncidas cejas y fija en vuestra mirada.

—Cabayero—os dice con voz trémula y un poquillo de olor á aguardiente:—Un desgraciado, con su señora enferma y siete criaturas.... sin hogar, sin un pedazo de pan que yevar á sus inocentes labios, implora el auxilio de su generoso corazon.

—¿Quién es ese desgraciado?—le preguntais, por preguntarle algo, ántes de plantarle en la escalera.

—Un servidor de Vd., que no hace mucho ocupó una briyante posicion social. Pero los acontecimientos políticos....

—¿Era Vd. de los del Presupuesto?

—Jamás, cabayero!... Me estimaba demasiado para eso. Yo era rentista.

—Hola!

—Sí, señor; tenia todo mi capital en los fondos públicos.

—Lo creo.

—Y con estas bajas tan atroces, á con-

secuencia de la intranquilidad en que tienen al país estos gobiernos....

—Y á mí ¿qué me cuenta Vd?

—¡Ah, cabayero!: yo quisiera una ocupacion honrosa para ganarme el sustento.

—Pues tómela Vd., si hay quien se la ofrezca.

—Tras eso ando, cabayero; y miéntras la hayo en alguna parte, quisiera merecer de Vd. la atencion de veinticinco pesos que necesito para que tome los baños mi señora, y para que no me arroje el tigre del casero desde la miserable buhardiya en que ahora vivo, hasta la ignominia de un hospital. Crea Vd., cabayero, que la fortuna dá muchas vueltas, espero volver á lo que fuí, y no perderá Vd. un cuarto de su préstamo.

Al llegar aquí la historia, se os acaba la paciencia, le dais media peseta, por no darle un puntapié, y se larga tan ufano, haciendo reverencias y mirando, con preferente curiosidad, todo lo que es puerta ó pasadizo.

Estas visitas son, como si dijéramos, las generales de la ley. Pero hace tambien otras, bastante más productivas, áunque nó tan frecuentes.

Pinto el caso.—Comienza á hablarse mucho en el pueblo de que *la vá á haber*, lo cual, como ustedes saben, sucede cada verano. De mí sé decir que, desde que tengo barbas, no recuerdo uno en que no se haya dicho:—«Oh! lo que es de ésta, *se arma la gorda*, y no vá á quedar títere con cabeza. Me consta por esto y por lo de más allá.» Tambien es otro hecho innegable que nunca faltan almas cándidas que dan entero crédito á estos rumores, ni hombres vehementes que se hallan dispuestos á echar el sombrero al aire y hasta una mano al negocio, si hay quien sepa colocársele á conveniente distancia. Excuso decir que en cada verano aparece esta señora *Gorda* con diferente tocado, y que nada le queda ya en el ramo que lucir, desde el gorro frigio hasta la boina.

Pues uno de estos hombres, ó una de aquellas almas, es quien recibe la visita del ex-rentista cuando mas en punto de caramelo andan los rumores públicos; pero, aunque raido y mal trajeado el visitante, no se compunge ni encorva en la visita: ántes se presenta, si bien comedido y muy atento, con gran desenvoltura y buen talante, como quien mas ha de ofrecer que recibir.—Entónces es el hombre iniciado en los grandes secretos de la conspiracion; viene del extranjero, donde aquella se fragua, y vá de paso para uno de los puntos de más peligro el dia de la batalla. Sabe que el Emperador de allí, ó el comité de acullá, ó el Grande Oriente del otro lado (segun el color que tenga la *Gorda)* han hecho á *la causa* un anticipo de doscientos millones. Hay metidos en el ajo quince batallones, treinta generales, ocho fragatas de guerra y el presidente del Consejo de Ministros. El grito se dará en tal parte al salir la gente de tal es-

pectáculo. Toda España está hecha un reguero de pólvora, y sólo falta para que arda, arrimar la mecha. El triunfo, pues, es seguro y muy pronto.—Él ha pasado la frontera con grandes precauciones, y á pié, por lo cual está tan desarrapado.—No trae credenciales ni papeles de ninguna clase, por no comprometer con ellos la alta mision que se le ha encomendado; pero sí el encargo *especialísimo* para el visitado, de parte del personaje bajo cuya direccion se hace el fregado, de decirle que se cuenta con él. con su patriotismo, con sus influencias, para animar el espíritu del partido en esta ciudad, reunir los dispersos elementos, etc. etc. Antes de tres dias saldrá el emisario para Madrid donde ha de recibir cuarenta mil duros para ciertas atenciones de la causa. Entre tanto, necesita que los partidarios de Santander le proporcionen, siquiera, la miseria de dos mil reales para el viaje y comprar á un maquinista del tren que ha

de despeñar un batallon que debe salir de aquí, por ferro-carril, dentro de unos dias, á sofocar el alzamiento que tendrá lugar en los confines de la provincia.

Y el pobre hombre que escucha, devora hasta con los ojos, no ya con los oidos y la boca, las palabras del mugriento, y le dá una convidada, y se echa á la calle, y revuelve á sus correligionarios, les cuenta lo que le han dicho, les saca los cuartos, reune los dos mil reales más otros quinientos que él pone de su bolsillo, como en correspondencia al alto concepto que de él ha formado S. E., y se vuelve á casa tan convencido del inmediato triunfo del partido, que le falta muy poco para subir á la del Gobernador y aconsejarle que deje el mando *por buenas*, ántes que se le quiten *los suyos* á linternazos. ¿Necesito pintar el afan con que el bolonio entrega el dinero recaudado y el placer con que lo recibe el descamisado bribon?...

Algunos dias despues de estas y otras

análogas, aunque no tan productivas fazañas, se oye decir que la policía ha hecho una redada de ladrones que intentaban robar el escritorio del señor de Tal, ó la caja del Banco.

—Y quiénes eran?—pregunta uno de esos curiosos que se creen en la obligacion de conocer á todo el mundo.

—Pillería de Madrid—responde el preguntado.—Pero á dos de ellos quizá los conozca Vd. El uno es un farsanton, de gran fachada, que se pasaba los dias arrimado á las puertas de los cafés: el otro, sucio, raido y descamisado, probablemente le habrá visitado á Vd. para pedirle un *anticipo* de veinticinco duros.

Los de márras, lector.—Bien dije yo que estos mozos eran tal para cual.

Fáltame añadir que, á pesar de esta quiebra del oficio, que, por de pronto, los lleva á la cárcel pública, si no en el mismo verano, al siguiente y ántes que los frutos de sus mieses lleguen á punto de

sazon, ya los tenemos acá otra vez, preparándose para recojer su *agosto*.

¡Oh sabias y protectoras leyes de la patria!

—⋆×⋆—

EL BARON DE LA RESCOLDERA.

Cuando llega, en julio, á Santander, viene de Burdeos, adonde fué desde París, en cuya capital pasó la primavera despues de haber repartido el otoño y el invierno entre Madrid (su patria nativa) Berna, Florencia, Berlin y San Petersburgo.—Ni los hielos le enfrian, ni el calor le sofoca. Es una naturaleza de roble que se endurece con los años y á la intemperie.

Pasa ya de los cincuenta, es de elevada talla, trigueño de color, de pelo áspero y rapado á punta de tijera; derecho como un poste; algo protuberante de estómago

y de nariz, pequeño de piés, de manos y de boca; ancho de espaldas y de frente, y muy cerrado de barba, que se afeita todos los dias cuidadosamente, ménos en la parte en que *radican* sus anchas y bien cuidadas patillas á la macarena.

Viste todo el año de *medio tiempo*, y es su traje intachable en calidad y corte, asi como es intachable tambien la blancura de su camisa, de la que ostenta no flojas pruebas en pecho, puños y pescuezo.

Fuma sin cesar grandes habanos, y saliva mucho; é infaliblemente ántes de empezar á hablar, lo poco que habla; y en cada desahogo de estos, larga, zumbando, una pulgada de tabaco que ha partido con los dientes.

Para saludar, no dá la mano entera, sinó la punta del índice.... cuando alguno le saluda; pues él no saluda á nadie en la calle, ni tampoco se para. Si el que pasea con él se detiene para hacerle alguna observacion, él sigue andando inalterable.

Si el detenido le alcanza despues, bueno, y si nó, como si jamás se hubiesen visto.

En estos casos, no usa, para sostener la conversacion, más que salivazos y monosílabos: tambien algun carraspeo que otro. Para las grandes ocasiones tiene disponibles unas cuantas frases y pocas más interjecciones y palabras, tan breves como enérgicas: las frases para preguntar, las palabras sueltas para responder, y las interjecciones para comentarios.

Es rico y soltero; trae todo su equipaje en una maleta de cuero inglés, y por toda familia un criado jóven que ya le entiende hasta por la mirada.

Viene á Santander acaso porque halla esta ciudad en su camino; pero es lo cierto que viene todos los veranos, y nó por pocos dias.

Se hospeda en la fonda que mejor le parece, y la deja cuando le conviene; y le conviene dejarla en cuanto observa que

una falta grave se repite hasta tres veces; siendo para él faltas graves, el pescado que *dá en la nariz*, el desaseo en su cuarto, la servilleta cambiada en la mesa y el vino adulterado, ó cualquiera de esas carnavaladas que suelen permitirse los huéspedes á las altas horas de la noche, sin respeto ni consideracion á los que duermen y descansan.

En cuanto á baños, solamente toma dos ó tres en la temporada; pero de á hora y media cada uno. Allí se está como una boya en la mar, restregándose la cabeza, carraspeando, escupiendo y estornudando sin cesar y á sus anchas, y con un estrépito que excede á toda ponderacion. Cuando sale del agua, no es porque siente frio, sinó porque se aburre sin fumar en tanto tiempo.

La primera vez que vino, tuve el gusto de conocerle y de estudiarle, porque un amigo mio con quien yo en cierta ocasion paseaba, era amigo suyo tambien; salu-

dóle al cruzarse con él, dióle este el dedo, y juntos, retrocediendo nosotros dos, continuamos los tres aquella tarde; pues por la tarde era cuando esto sucedia, y en el alto de Miranda, cerca de la Ermita.

Segun íbamos andando, iba el Baron devorando con los ojos el hermoso panorama que se descubria desde allí. A la izquierda, la ciudad amontonada, oprimida, agarrándose unas casas á otras, como con miedo de caerse al agua, y cual si se hubiesen detenido un instante despues de bajar rodando desde el paseo del Alta; la bahía, mojando los cimientos de las últimas; la bahía, con sus verdes riberas, sembradas de pueblecillos; despues sus cerros ondulantes, y detrás de todo los abruptos puertos, con su gigantesca anatomía recien desnuda y en espera ya de sus blancas vestiduras de invierno. A la derecha el mar, coronado de rizos por la juguetona brisa del Nordeste.... y lo demás que sabe el lector tan bien como yo.

—Hermoso es todo esto!—dijo mi amigo al Baron, cuando notó, por los gestos de éste, que la misma idea debia andar rodando por sus mientes.

—Sí—contestó lacónicamente el Baron.

—Hasta la ciudad tiene algo de curioso así tendida....

—Derramada—corrigió enérgicamente el otro, despues de lanzar de su boca, con la fuerza de un cohete, medio cuarteron de tabaco.

Y tomó el rumbo del Sardinero, siguiéndole nosotros con trabajillos: tan veloz era su andar.

Hay en aquel crucero, durante las tardes de verano, algo como laberinto de gentes y carruajes, que van y vienen. El Baron surcaba impávido sus revueltas dificultades, como si éstas fueran su elemento, ó llevara en su mano la punta del famoso hilo de Ariadna. Verdad es que yo no he visto una fuerza de codos como la suya, ni una facilidad más asombrosa

para dejar, á su paso, figuras ladeadas y sombreros fuera de la vertical.—Nosotros nos colábamos por el surco que él iba abriendo.

Al comenzar la bajada del camino, y en terreno ya más despejado, acortó un poco la marcha, y describió con la vista un arco desde Cabo Mayor á Cabo Quejo; abrió los ojos desmesuradamente, y su pecho y sus narices se dilataron, cual de noble corcel que aspira el aire de la rozagante pradera, tras de oscuro cautiverio. Era indudable que el espectáculo le agradaba. Despues estrelló la mirada contra las tabernas y los bardales inmediatos, frunció las cejas, escupió récio.... y apretó el paso.

Así llegamos al Sardinero, y, sin momento de descanso, visitamos la galería, y la playa, y las casas una á una (exteriormente, se entiende,) y las fuentes, y los paseos; y como una abalancha atravesamos el puentecillo y llegamos á la Capilla,

en frente de la cual tuvo el Baron la buena ocurrencia de hacer un alto. Dióse luego media vuelta sobre sus talones, y encarándose con cuanto habiamos visto desde que comenzamos á bajar, como si quisiera hacer un resúmen de todo ello,

—Gran naturaleza!—exclamó, hasta con su poco de entusiasmo.

—Admirable!—dijimos nosotros, haciendo coro á su himno.

—Pero sin arte—añadió, dejándonos con las notas entre los labios, y en la duda de si tambien alcanzaba su censura á la humanidad que hormigueaba por allí.

Y sin mas explicaciones, describió la otra media vuelta que le faltaba, y emprendió la marcha hácia la Magdalena como si el camino le fuera conocido.

Despues de contemplar un instante el panorama del Puntal desde el Polvorin, echó cambera arriba por detrás de éste. Indudablemente tiene este hombre un instinto particular para adivinar sendas y caminos.

Hasta dar con el de Miranda, no dijo una palabra, ni tampoco su respiracion se agitó una sola vez. Lo mismo son para él las cuestas arriba que lo llano. Es un roble que anda.

Al bajar á la ciudad, le pidieron limosna, como á todo transeunte, los pobres de la carretera.

Al primero le largó un bufido que heló la plañidera retahila en su gaznate abierto. Más abajo le tendió su arrugada diestra una anciana que estaba sentada á la sombra de un árbol. Entónces el Baron, que parecia no fijarse en nada, despues de llevar una mano al bolsillo, acercóse á la pobre y depositó algo en su regazo remendado. Miré hácia ello quedándome dos pasos atrás, y ví que eran monedas de plata. ¿Fué casual la acertada distincion que hizo entre los dos pobres, ó es que la costumbre de dar muchas limosnas le ha enseñado á distinguir los buenos de los malos, con una sola mirada?

Ya en Santander, ofrecímosle billete para concurrir al *Círculo de Recreo*. Aceptóle, y acompañámosle por si queria ver sus salones y encrucijadas.—Preguntónos por el de lectura, llevámosle á él, y no quiso visitar los restantes, especialmente el de juego; enteróse de la lista de los periódicos que se recibian allí, dió un vistazo á la biblioteca, y despues de decirnos que en aquel departamento habia mas pasto para el cuerpo que para el alma (señalando respectivamente á la mesa de los papeles y á los estantes de los libros) salimos hácia la calle, sin mirar él siquiera á los que jugaban á la baraja á 40.º de calor, entre nubarrones de humo de tabaco.

Cuando le dejamos á la puerta de la fonda en que se habia hospedado, nos dió el índice, se descubrió toda la cabeza con la otra mano; y ofreciéndonos con un ademan fino y expresivo su habitacion, trepó hácia ella.... no sin haber estrellado ántes, con un resoplido, contra la pared del por-

tal, el medio tabaco que le quedaba entre los labios.

—Vaya un tipo!—dije á mi amigo, llevándome las manos á los riñones que me dolian de correr tras él.

—Le conocí en Madrid el año pasado—me replicó mi amigo—y puedo asegurarte, por lo que deduje de sus hechos y lo que de él me contaron los que le conocian mejor que yo, que es hombre que vale mucho. Tiene gran experiencia del mundo, y un ojo sutilísimo para conocer y apreciar á las gentes. Es bueno y generoso, hasta el punto de que seria capaz de arrojarse al fuego por sacar de él á su mayor enemigo.

Posteriormente tuve ocasion de ver que no eran exagerados estos informes de mi amigo.

El Baron de la Rescoldera, con todos los desabrimientos y resquemores, externos, de su título, es realmente un hombre de positivo valer.

De él puede decirse, como en resúmen, que, al revés de tanto farsante y de tanto bribon como vive y medra, á expensas de la pública credulidad, es *un hombre que no tiene palabra buena ni obra mala.*

EL

MARQUÉS DE LA MANSEDUMBRE.

Llegó á los cincuenta años sin haber salido de Madrid y sus contornos. El Retiro, la Virgen del Puerto, y á lo sumo, el Pardo, eran, para él, las mayores espesuras y fragosidades de la Naturaleza.—El mar podria tener, en cuanto alcanzase la vista, diez, veinte.... hasta cien Estanques como el *Grande*, si se queria. Estanque más ó ménos, ¿qué más daba?—Del Manzanares al Saja, ó al Deva, ó al Ebro, ó al Guadalquivir, habria la diferencia de algunas cántaras de agua en verano: en invierno, ninguna.—En cuanto á praderas, no

serían mas verdes ni mas extensas las del Norte que las que contemplaba él desde el cerrillo de San Blas cuando el trigo comenzaba á crecer.—La temperatura estival de la Corte no le afligia gran cosa, porque, además de estar formado en ella, no conocia otras mas agradables.

Por lo cual, y sin mujer que le pidiera veraneos, y sin hijas que exhibir en las provincias, metódico y rutinario, amen de enemigo irreconciliable de toda lectura que á viajes y á novelas trascendiese, ni una sola vez sintió la tentacion de meterse en alguna de las diligencias que salian de Madrid á varias horas y por todas las puertas de la Villa, durante el verano, entre muchedumbres de curiosos que envidiaban la suerte de los mortales que abandonaban aquel asadero implacable; y eso que él era uno de los curiosos. Antes al contrario, se compadecia de aquella carne embutida entre los cuatro inseguros tableros de la diligencia; carne cuyo desti-

no era harto dudoso, considerando los riesgos que afrontaba, echándose á rodar por cuestas y desfiladeros, durante media semana, y á merced de bestias y mayorales. ¡Cuánto más higiénicos y ménos arriesgados eran los pasêos matinales que él se daba por los alrededores del Estanque de las *Campanillas;* ó vespertinos, junto al pilon de la Fuente Castellana!

Antes que el sol levantase ampollas, se encerraba en su casa, lo bastante grande, vieja y desamueblada, para ser, relativamente, fresca, y sustituia su traje de calle con un chupetin y unos pantalones de transparente nípis; y si ésta precaucion contra el calor no le bastaba, se quedaba en calzoncillos y en mangas de camisa. De un modo ó de otro, se pasaba el dia contemplando sus queridos pececillos.

Porque es de advertir que el Sr. Marqués tenia la pasion de los peces de colores, y hasta seis redomas de cristal llenas de ellos.

Cambiarles el agua, desmigar pan sobre ella á horas determinadas, y estudiar en un tratado especial la manera de conservarlos y reproducirlos, eran sus únicas ocupaciones de recreo.

Posteriormente, dos viajes á Aranjuez en ferro-carril le demostraron que podia meterse un hombre en estos rápidos vehículos, sin el riesgo infalible de romperse las costillas ó el bautismo; por lo cual, hasta se atrevió á prometerse á sí propio que tan pronto como hubiera una línea abierta hasta un puerto de mar, la aprovecharia para admirar los grandes peces en su propio y natural elemento.—«Porque, desengañémonos,—se decia—no puede asegurar que conoce la merluza ni el besugo, quien solamente ha visto sus cadáveres embanastados en la Plazuela del Cármen.»

Y cumpliendo su promesa, tan pronto como la línea del Norte empalmó en Alar del Rey con la nuestra, armóse de valor y de dinero, y se plantó de un tiron en el famoso puerto del mar Cántabro.

Si ha encontrado aquí lo que se prometian sus ilusiones, dígalo la puntualidad con que, desde entónces, viene cada verano á Santander.

Cansados estarán ustedes de conocerle. Es de corta estatura, muy derecho, enjuto de carnes, redondito de cara, risueño y corto de vista; son rubios los pocos pelos de su cabeza, y casi blancos los del recortado bigote. Gasta, *en público*, levita, corbata y pantalon negros, y chaleco blanco, sombrero de copa alta y anteojos con armadura de oro.

Tal es, repito, en público, su arreo; ó mejor dicho, *en tierra*; y con él le habrá visto el lector, no en las Alamedas, ni en el Sardinero, ni *en la sociedad*, sinó en los embarcaderos de todos los Muelles, desde Maliaño hasta Puerto-Chico, ó en camino de alguno de ellos, en los cuales no faltan nunca pescadores de caña ó de *aparejo*.

Tras ellos está siempre, estando *en tierra*, con las manos á la espalda, el bas-

ton entre las manos, el cuerpo inclinado hácia adelante, y la vista inmóvil, fija en el corcho flotante ó en la sereña tendida.

—Quieto, quieto!—exclama á lo mejor, si nota que el corcho se mueve y el pescador se apresura á tirar.—Esa es picada falsa.... Ahora, ahora muerde.... ¡Fuera con él!

Y si el pescado sale coleando en el anzuelo, lanza un ¡bravo! y si el pez no es *pancho*, bate además sus manezuelas; y de todos modos, sean panchos ó lobinas lo que se pesque, él lo *desengarma*, confundiéndose entónces, en un solo ovillo, el pez, las manos, las gafas y el anzuelo.

Semejantes intrusiones y familiaridades no dejaron de costarle al principio algun disgusto, pues no son siempre los pescadores de caña tan pacientes como la fama supone; pero, poco á poco, fueron estos acostumbrándose á las *cosas del señor Marqués* (que, por otra parte, no peca de tacaño con *los del oficio)* y hoy todos le to-

leran y hasta le encuentran *devertido* y *celébre*.

Mas no son éstas sus ocupaciones *de carácter;* quiero decir, que no viene para sólo eso el Sr. Marqués á Santander.

Cuando llega, ya le está esperando una *barquía* perfectamente limpia y carenada, con los necesarios útiles de pesca, inclusa la *guadañeta* para *maganos*.—Prefiere la barquía, porque teniendo todas las condiciones de seguridad de la lancha y todas las de ligereza del bote, es bastante más grande que el uno y de más fácil manejo que la otra.—Dos marineros, condueños de la barquía, están, como ésta, á su disposicion; y segun que el Marqués prefiera las *porredanas* ó las *llubinas*, le conducen á la boca del puerto, ó á las *puntas de arena* de la bahía, todos los dias, infaliblemente, si el tiempo no está tempestuoso; pues por chubasco más ó ménos, no deja él de embarcarse para estar en el sitio conveniente al apuntar la marea.

Ancho pajero y desaliñado y viejo vestido de lanilla lleva para el sol; y por si llueve, amplísimo impermeable y enorme paraguas de mahon. Por supuesto, no falta el acopio de vino y de fiambres para él y los marineros, el dia en que la marea tercia de modo que no puedan volver á comer á casa á la hora conveniente.

Durante la pesca, transige con que los marineros le *ceben* los anzuelos ó le reemplacen con otra nueva una *tanza* rota, ó le *desengarmen* el aparejo, cuando éste se le engarma entre peñas ó en la caloca: pero se guardarán muy bien de tocar el pez que él saque preso en el hierrecillo traidor.

Un dia quiso lanzarse á correr aventuras fuera del puerto, seducido por las pinturas que sus marineros le hacian del tamaño y abundancia del pescado en aquellas honduras; y salió, en efecto; mas apenas comenzó la barquía á mecerse en pleno mar, y á columpiarse desde «el lomo altivo al seno proceloso de las ondas»

(como acontece allí, aún en las ocasiones en que se dice de la mar que está *como un plato)* pensó que la costa bailaba el fandango, *cambió la peseta*, y tuvieron los dos marineros que llevarle á puerto seguro, ántes que se les quedara entre las manos.

Esta leccion le sirvió para no intentar siquiera «el estudio del besugo y de la merluza en su propio y natural elemento,» contentándose, hasta mejor ocasion, con el *anfiteatro* de la Pescadería, donde los veía tan cadáveres como en la Plazuela del Cármen, aunque un poco más frescos.

Por lo demás, entregándose, como se entrega, con verdadera embriaguez, al placer de la pesca menor, y poseyendo *el arte* como cree él poseerle, es, durante la temporada, casi completamente feliz. Y digo casi, porque no ha podido adiestrarse mayormente en el manejo especialísimo de la guadañeta.

—Aquí hay algun misterio que yo no penetro todavía—dice con desconsuelo á

sus remeros é instructores, cada vez que estos, predicando con el ejemplo, van sacando maganos.—Esta pesca es *al vuelo*, digámoslo así; hay que robar más bien que pescar; y necesito yo estudiar, ante todo, la marcha y la estrategia de la banda.

Y estudia, en efecto; y cuando ya se le rinde la muñeca de tanto menearla, la caridad, sin duda, medio le traba un magano que; al salir al aire libre, le lanza á la cara toda la *tinta*, dejándosela mas negra que la del negro Domingo, sin que falte su abundante rociada para la camisa y cuanto blanquea sobre su cuerpo. —Pero como esta tinta es la sangre de aquellas batallas, léjos de creerse afrentado con el tizne, lúcele orgulloso al desembarco, y toma las risas de la gente por muestras de admiracion á sus proezas.

Tal es el verdadero *punto negro* de su felicidad; y eso que, generalmente, pesca poco, ó no pesca nada, si no se le cuentan

como pesca tal cual dolor de cabeza, ó romadizo, que de esto no le falta, gracias á Dios, durante la temporada.

No hay para qué decir que es uno de sus grandes placeres obsequiar á las personas de su mayor aprecio con el producto de sus afanes de pescador. Que, cuando no pesca, habla de lo que ha pescado y de lo que piensa pescar, y que miente en la mitad de lo que habla entónces, tambien por sabido se calla. La aficion desmedida á ese y otros parecidos entretenimientos, lleva consigo esa pequeña debilidad. Que lo digan los cazadores, y no se ofendan por ello.

La temporada de este tipo concluye cuando los Noroestes se hacen crónicos, y la bahía, incitada por ellos, dice que no tolera mas bromas en sus aguas. Entónces, curtida su cara por las brisas y el sol, apestando su equipaje á brea y á *parrocha*, gratifica generosamente á sus dos camaradas de *campaña*, despues de pagarles

el alquiler de la barquía: y sale para Madrid con el temor de que han de parecerle siglos los meses del invierno, aunque lleno de satisfaccion por haber cumplido ámpliamente el propósito que le trajo á Santander.

Un dato muy expresivo, que se me olvidaba:

Le ví en una ocasion pararse delante de una tienda en que yo estaba sentado. Plantóse á la puerta, dió en las losas dos golpecitos con la contera de su baston, en el que apoyó en seguida su diestra mano, oprimió suavemente con la otra sus gafas contra el entrecejo, carraspeó tres veces, levantó mucho sus cejas y los correspondientes párpados, como si se maravillara de algo, y exclamó, por todo saludo, encarándose con mi amigo, y tambien de ustedes probablemente, el dueño de la tienda:

—Señor D. Juan: pic... pic... pic.. pic... pic... pic... pic... (y marcaba cada uno de

estos sonidos con la mano izquierda, unidos índice y pulgar.) Siete veces picó; y yo quieto,.... quieto,.... quieto,.... Picadas falsas.... Tu te clavarás.... En efecto: un poco despues, zas!... zas!... (y aquí frunció el ceño el buen señor, y marcó los golpes á puño cerrado).... Ahora muerdes, dije yo, y ¡rissch! tiro en firme.... ¡Dos libras y media pesó! ¡Una porredana como un bonito!... Ayer tarde, á dos brazas de *la Horadada*.... Esta noche tendemos el esparavel.... Ya diré á Vd. la carnicería que resulte.... Adios, Sr. D. Juan.

Y se fué.

Asi conocí yo al inofensivo, al dulce, al apacible, al venturoso Marqués de la Mansedumbre.

UN JÓVEN DISTINGUIDO,

(visto desde sus pensamientos.)

I.

EN UN CUARTO DE UNA FONDA.

No me digan á mí *(enfrente del espejo, y en ropas menores)* que aquellos hombres de anchas espaldas y robusto pecho, que gastaban gabanes de acero y pantalones de hierro colado, eran el tipo de la belleza varonil.... Serian, todo lo más, forzudos; pero elegantes.... bah!... Hay que desengañarse: es mucho más hermosa la juventud de ahora.... ¿Qué hay que pedir á esta pierna larga y delgada, como un mim-

bre? á este brazo descarnado y suelto, como si no tuviera coyunturas? y á este talle que se cimbrea? y á este pescuezo de cisne?.... Si no fuera por esta pícara *nuez!* Pero se me ha corregido mucho, y á la hora ménos pensada desaparece por completo. De todas maneras, la cubriré con la barba.... cuando la tenga.... Y en verdad que sentiré tenerla, porque con ella perderá el cútis su frescura: ¡cuidado si es fresco y sonrosado mi cútis! Si estuviera la cara un poco más llena de carnes y fueran los dientes algo más blancos y menudos!.... porque con estos ojos rasgados, este bigotillo de seda y este pelo negro echado hácia atrás.... ¡Qué hermosa frente tengo!... Y eso que no es muy ancha.... Bien. Ahora el traje *amelí* de *negligé*. ¡Qué bien cae el pantalon sobre los piés! Me gustan estas campanas tan anchas, porque tapan los juanetes. ¡Pícaros juanetes! ¿Por qué he de tener yo juanetes como un hombre vulgar?... No se si me ponga el som-

brero de paja á la marinera, ó el de fieltro. Como es por la tarde.... Me decido por el de paja. No *viste* tanto, pero *me vá* muy bien.... Ahora los guantes de piel de Suecia, el baston de espino ruso.... y á la calle.... Vaya ántes una mirada general... Intachable. ¡Cómo se nos conoce en *el aire* á los chicos distinguidos!... Por cierto que estos provincianos de Santander tienen un afan de arrimarse á uno.... y luego serán capaces de quejarse si se les dá un desaire.... Pues no me hace gracia esta corbata: no juega bien con el traje. La cambiaré. Afortunadamente tengo en qué escojer. Papá se propuso sin duda que en esta primera salida mia á provincias dejara yo el pabellon bien puesto, y nada me ha excaseado. Corresponderé, papaito, á tus propósitos; y la fama te dirá luego quién es tu hijo. Así están mas en armonia los colores; y hasta las puntas sueltas *dicen* mejor á este traje que el nudo armado.... Probablemente me esta-

rán esperando en el Sardinero Casa-Vieja, Monteoscuro, Pradoverde y Manolo Cascajares.... y hoy me hacen suma falta, para que me ayuden á averiguar quién es aquella hechicera y distinguida rubia que paseaba ayer tarde con las de Potosí. Cuando quise acercarme á ellas para saberlo, se metieron en un carruaje, y perdí la pista.... Tres veces me miró ¡tres! pero ¡con qué intencion!.. Lo raro es que yo no la conocia hasta entónces.... Acaso ella me haya visto ántes en alguna parte: esto es lo mas probable.... En lo que no cabe duda es en que las de Potosí la habrán dicho quién es papá; por consiguiente tengo andada la mayor parte del camino, y mis *relaciones* con ella son seguras.... Lo siento por el desengaño que van á llevarse mis dos conquistas del Muelle. ¡Pobres chicas! Pero ellas se lo han querido. A la tercera vez que pasé bajo sus balcones ya me devoraban con los ojos.... Y el caso es que son muy bonitas.... Si se conformaran

con el segundo puesto que les corresponde en mi corazon. ¡Corazon! Pero ¿le tienes tú, acaso, jóven voluble?.. ¡Y ellas que aspiran á conquistar el primero! Tendria que oir lo que se dijera de mí en Madrid este invierno, si me presentara en el gran mundo con la historia de dos conquistas provincianas por botin de mi campaña veraniega. ¡Yo que soy uno de los chicos de moda y de más porvenir!... En fin, por de pronto martiricémoslas un poco, y enseñemos á estos cursis montañeses algo de lo que vale y puede un jóven de la buena sociedad madrileña.

II.

EN LA CALLE.

Antes de acometer el asunto principal de mi empresa de hoy, hagamos un poco

de prólogo por el interior de la ciudad. Entrome por la calle de San Francisco.... ¡Vulgo, vulgo todo! Modistillas, horteras, traficantes que van y vienen, y algunas señoras cúrsis.... Aquellos tres chicos con humos de elegantes van á querer arrimarse á mí... Haré que no los veo, poniéndome á mirar esta vidriera.... Ya pasaron.... Me carga esta gente por lo pegajosa que es.... No sé por qué se les figura que el darle á uno billete para el Círculo, ó para los bailes de campo, les autoriza para tomarse ciertas libertades.... Todos los que pasan á mi lado me miran. Dirán para sus adentros: «¡Qué chico tan elegante y tan distinguido; ese es de Madrid!»... porque se nos conoce á la legua.... Se me figura que por más allá de San Francisco viene algo que no es vulgo... Oh, fortuna! son las de Cascajares. Bien decia yo que ese aire no era de por acá. Voy á saludarlas....—A los piés de ustedes....—Perfectamente, gracias....—Pues por aquí ma-

tando el aburrimiento....—Lo comprendo sin que ustedes me lo digan....—Ni tampoco sociedad....—Qué quieren ustedes, les falta *chic*...—Tambien yo, en cuanto se marchen las amigas del Sardinero....—Creo que van primero á Ontaneda....—Y Pilar erisipela....—Qué maliciosas son ustedes!....—Y Manolo ¿dónde anda?.....—Entónces le veré en el Sardinero.—A los piés de ustedes.

¡Qué amables, qué discretas y qué distinguidas! Pues tampoco yo he sido rana... Aquello de la erisipela lo dije con una travesura y un retintin!... A estos *gomosos* provincianos quisiera yo ver tiroteándose con las señoras del gran mundo. ¿Qué idea tendrán de él aquí! Pobre gente!

Pues señor, esta region ya está explorada. Ahora al Muelle. Allí lanzaré un par de flechazos á mis dos montañesitas, y en seguida tomo el tran-vía para el Sardinero. De más tono sería un carruaje abierto, en que fuera yó recostado con esa indo-

lencia voluptuosa que tan bien me vá; pero no hay que hablar de eso en este pueblo atrasadísimo.... Echo por los atajos para llegar primero.

¡Oh, que brisa tan oportuna corre por aquí!... ¡Cómo juguetea con mis cabellos y con las puntas sueltas de mi corbata!... Debo estar hermosísimo en este instante!.. Andaré un poco más de prisa, no se figure algun mentecato indígena que la Ribera ni las que en ella viven son capaces de llamar mi atencion.... Voy de paso, si señores, nada más que de paso!... aunque demasiado conocerá la gente que, á éstas horas, no puede venir por aquí con otro objeto un chico distinguido de Madrid.

Me parece que aquel mirador es el de una de ellas. Justamente.... ¡como que está esperándome en él!... Pero no está sola.... Anda! pues es *la otra* quien la acompaña. Serán amigas.... Tanto mejor; asi despacho de un solo viaje. ¡Hermosa carambola voy á hacer con cada mirada!..

¿qué digo carambola? la discordia es lo que van á producir mis miradas; como la manzana del otro.... ¡Suerte mas provocativa!.. Vayan, ante todo, un par de golpes de puños, haciendo, de paso, como que el sombrero me sofoca, para meter los dedos entre el pelo.... A esos dos provincianillos que vienen por la otra acera, les haré un saludo desdeñoso; y dirán las chicas: «¡con qué desdén tan distinguido los trata; cómo los domina!».... Agur!.... ¡Qué fachas ván!... Las del mirador me han visto..... Pues allá vá la mirada.... Ya la pescaron.... Me miran de reojo y se sonrien y cuchichean. ¡Cómo disimulan la una con la otra! Luego será ella, cuando trateis de ver quién se le lleva. Para vosotras estaba, inocentes.... La verdad es que son monísimas... ¡Válgame Dios, que estragos podía yo hacer en este pueblo si me lo propusiera! No miro á una que no me corresponda.... Otro golpe de brisa. Todo me favorece hoy. ¡Es que estoy gra-

ciosísimo con estas arremetidas del aire!.. Antes de perder de vista el mirador, voy á volver la cara.... ¿No lo dije? Devorándome están con los ojos.... Y para disimular más se meten corriendo en casa, haciendo que rien á carcajadas.... ¡De cuánto fingimiento es capaz la mujer! Pues señor, este fruto está ya sazonado; y aunque sea para entre-plato, se aprovechará.

El *Suizo*. Con la disculpa de buscar á álguien, voy á darme un par de golpes de espejo.... Perfectamente. ¡Qué hermoso estoy esta tarde!... Es que nunca ha sido mi cútis más blanco, ni han tenido mis ojos más hechicera languidez! No me extraña que las del mirador hayan quedado fascinadas.... ¡Es mucho ese Madrid para chicos distinguidos!

Ahora, á tomar el tran-vía y buscar á mi gente al Sardinero... Ah, rubia! te compadezco....

Me cargan á mí estos tran-vías de pro-

vincia, por la morralla que vá en ellos..... Por supuesto que, como de costumbre, tendré que ir de pié en la imperial, porque, en el interior, es un poco pesado llevar tanto tiempo el ceño fruncido y la cara de asco.... Y de otro modo no puede ir un chico distinguido como yo. Arriba, con la disculpa de mirar al mar, puede uno siquiera volver la espalda á todo el mundo sin violencia y sin que choque..... Debería haber departamentos especiales en estos carruajes.

III.

EN EL SARDINERO.

Esto ya es otra cosa.... aquí puedo decir que estoy en mi casa. ¡Qué *toaletas*; que *negligés* tan *chic!*.... ¡Cómo se destacan lás madrileñas!.. y ¡cómo me destaco

yo! Empecemos por buscar á los amigos; despues á la rubia. La compañía le hace á uno más osado y hasta más elocuente.... No los veo por ninguna parte.... Pero en cambio veo á las de Potosí que están aquí paseando. Canastos! vienen solas.... Y la rubia?... Lo mas acertado será preguntar discretamente por ella.... —Señoritas....— Muy bueno, gracias....—Sí, la tarde está hermosa para eso....—Ayer estaban ustedes mas acompañadas....—Palabra de honor; jamás habia visto á esa señorita....— Hermosa es en efecto; pero ¿y qué?....— Ni tarde ni temprano....—¡Que se ha marchado yá!....—Oh, no me admiro por lo que ustedes creen, sino por lo poco que ha estado aquí..... —De modo que veinticuatro horas escasas....—Pues no ví yo á su papá....—¡Barrizales! ¿Luego ella es Lola Barrizales, la que estaba en un colegio de Alemania? Y ¿qué vá á hacer ahora en Madrid?...—¡Qué vá á casarse en cuanto llegue!....—Nada hay de raro,

en efecto, sino que.... en fin, que sea enhorabuena. Y hablando de otra cosa ¿han visto ustedes á Casa-Vieja y demás amigos por aquí?....—Lo siento, porque andaba buscándolos para un asunto.... Veré si en la galería.... A los piés de ustedes.

¡Horror y maldicion! Conque era Lola Barrizales, y Barrizales es íntimo de papá, y ella supo quién era yo; luego aquellas miradas eran lo que yo me figuraba; y tal vez la sacrifican y ella queria decírmelo, y yo pude haberlo impedido con una sola entrevista.... ¡Maldito coche en que se metieron ayer! Lola Barrizales! bella, rica y distinguida!... ¡Qué ocasion para mí! ¡qué ocasion perdida, dioses inmortales! Pero ¿tiene remedio yá este bárbaro contratiempo? Eso es lo que tengo que consultar con mis amigos, y voy á buscarlos ahora mismo á la galería.... Entraré en ella muy pensativo y hasta cabizbajo, como quien lleva herido el corazon: esta actitud me *irá* muy bien. Entremos. ¡Cuan-

ta gente elegante!... No están ellos aquí tampoco.... En aquel extremo hay una silla desocupada.... La ocupo.... Dos chicas muy guapas se han fijado en mí. Buena ocasion para herirlas.... Apoyo el codo en la barandilla, la cabeza sobre la palma de la mano, y me pongo muy triste y melancólico. Siguen mirándome.... Y dirán ellas:—«Ese jóven debe tener una gran pesadumbre ¡qué hermoso es!» y me compadecerán..... Ahora miro al suelo, apoyando la frente en mi mano; y como si quisiera ocultar alguna lágrima que enturbiara mis ojos, doy golpecitos en el pié con el baston. Pero la angustia vá en aumento, el disimulo no alcanza y vuelvo la cara hácia la Ermita. Para expresarlo mejor, muerdo el pañuelo.... Estoy asi un ratito, como sollozando. ¡Qué hermoso debo estar!.. Ahora, despues de sonarme y guardar el pañuelo, debo levantarme y salir de prisa, ocultando la cara, como si mi dolor se aumentase entre la gente.

Allá voy.... Siguen mirándome las dos chicas y creo que algunas más. No importa; yo no puedo, no debo, en esta situacion, fijarme en nadie: á papá mismo negaría el saludo.... ¡Magnífica salida he hecho! ¡Qué interesante he estado!.... Me parece que he causado gran efecto. A la noche indagaré si se habló algo de mí despues que salí de la galería.

Aquí afuera hay demasiada gente tambien, y no debo permanecer entre ella estando tan triste como estoy. Me voy del Sardinero á buscar la soledad que me corresponde.—«Estuvo aquí un instante (debe decir la gente mañana) muy afectado, y se retiró en seguida sin saludar á nadie.»... Y habrá hasta quien crea que fuí á los Pinares á levantarme la tapa de los sesos. ¡Magnífico! Esto me pondrá de moda.

Me vuelvo á la ciudad, á pié, por la Magdalena; y me ayudarán á conllevar las fatigas del camino mis tristezas. En marcha, pues.

IV.

OTRA VEZ EN SU CUARTO.

Resúmen de mis meditaciones del camino: continuaré en Madrid la empresa malograda aquí. El destino me la arrebató soltera; yo haré que el diablo me la devuelva casada. *(Desnudándose enfrente del espejo.)* ¡Qué interesante me han puesto la pena y el cansancio!... Un amor contrariado con los correspondientes azares y escándalos, debe ser la ambicion de todo hombre de mundo. La suerte quiere, por lo visto, que yo empiece por donde tántos calaveras han concluido. Cúmplase mi destino, y adelante! Pero entre tanto, yo padezco y necesito distraerme. Me distraeré.... abusando un poquito de mis ventajas.... Esta noche al teatro; mañana al baile de campo con todos los recursos de mi hermosura, de mi distincion

y de mi ropero. No me contentaré ya con la mirada y con la sonrisa; usaré tambien el billete perfumado, y luego el soborno, y despues el escalamiento, y por último, hasta el rapto, y, si es preciso, la estocada... Comencemos por vestirme de serio.... Juro á Dios que no me detendrán en mi carrera ni lágrimas ni amenazas! Yo no he traido esta contrariedad fatal; yo no me he colocado por mi gusto en esta actitud que ha de dejar memoria eterna en Santander. No se me pregunte luégo por qué dejo víctimas detrás de mí:

«Soy el leon.... perseguido
que sacude la melena.»

Y pues al cielo plugo hacerme sentir el fuego de una pasion, y arrebatarme el objeto que me la inspirara, de las cenizas que deje á mi paso esta llama abrasadora,

«responda el cielo, yo nó.»

LAS DEL AÑO PASADO.

¿Conoce el lector á *las de Doña Calixta?* —En un libro que anda por ahí con el rótulo de *Tipos y Paisajes*, se habla de ellas y de otras muchas cosas más.—Si no las conoce, compre el libro. Si las conoce, con decirle que no se separan de ellas en todo el verano las aludidas en el título de este cróquis, debe hallarlas en su memoria á poco que la registre.

A mayor abundamiento, le daré algunas señas particulares. Son dos, madre é hija. La madre es achaparrada, con el pescuezo más bien embutido que colocado entre los hombros, y la cabeza ensartada en el

pescuezo, como una calabaza en la punta de una estaca: tiene ancha y risueña la boca, fruncido el entrecejo, grises los ojos, poca frente, mucho pelo, mala dentadura y peor el cútis de la cara. La hija, por uno de esos caprichos inconcebibles de la naturaleza, es todo lo contrario de su madre: de bizarras líneas, de hermosas y correctísimas proporciones; modelo del arte clásico, mármol griego, y como de tal sustancia, fria é inanimada. Se llama Ofelia. Su madre no responde más que al nombre de Carmelita, aunque otra cosa se le grite al oido.

Los que lo entienden, dicen que Ofelia podria ser irresistible por la sola fuerza de su propia hermosura, con expresion en la fisonomía, flexibilidad en el talle y gusto en el vestir; pues además de rígida é inanimada, parece que es sumamente *cursi*.—En cuanto á Carmelita, basta verla en la calle una vez para que el ménos autorizado en la materia pueda decidir de plano que es un espanta-pájaros.

Táchase en las dós, como resabio de su mal gusto, un afan inmoderado de hacer ver á todo el mundo que siempre llevan zapatos nuevos, de los mas relumbrantes ó de los más historiados.

Cómo empezaron sus relaciones con las de D.ª Calixta, no lo sé yó: acaso hubo entre unas y otras esa atraccion misteriosa que se explica en latin con aquello tan sabido de *símilis, símilem querit;* pero es indudable que desde que por primera vez llegaron á Santander á veranear, intimaron con la *coronela* y sus tres hijas, como dos gotas de agua con otras cuatro. A sus reuniones van, á sus amigas visitan; con ellas recorren de dia y de noche calles y paseos; *por* ellas pagan sorbetes en el café, coches al Sardinero, y lunetas en el teatro; y en su exclusiva compañía asisten á los bailes campestres, á las serenatas, á las procesiones y á las solemnidades públicas.

Desde la primera vez que se la vió en

este pueblo, llamó la atencion la hermosura de Ofelia; pero ni los hombres la codiciaron, ni las mujeres la temieron: sus ya enumerados defectos y el contrapeso estrafalario que le hacia su madre constantemente, entibiaban hasta el frio el entusiasmo de los unos, y tranquilizaban hasta el desdén á las otras. Nadie, pues, supo su nombre, ni quiso cansarse en preguntar por él. El primer año, si se la citaba en una conversacion, se decia únicamente: *esa que anda con las de Doña Calixta.* Desde el verano siguiente, ya se las llamó, á ella y á su madre, *las del año pasado;* especie de mote que revela cierto cansancio de verlas, y pocos méritos para murmurar de ellas más de una vez.

Las de Doña Calixta están locas por Ofelia. En su presencia, la ensalzan hasta la adulacion; ausente, aburren al lucero del alba hablando de su hermosura, de su elegancia, de su brillante posicion, de sus relaciones entonadas en Madrid, de las

magníficas proporciones que desecha, de sus deseos de llevarlas á pasar el invierno á su lado, de las cartas que se escriben desde que se vá de aquí, y de los encargos que se hacen mútuamente.

—Pero ¿quiénes son ellas?—se ha preguntado muchas veces á las de Doña Calixta.—¿qué pito tocan en Madrid; cuál es su verdadera posicion social?

A cuyas preguntas jamás han dado las interrogadas una respuesta satisfactoria; porque, á decir verdad, no están ellas en el asunto mucho más enteradas que los preguntantes. Y bien sabe Dios que hacen todo lo posible por ajustar á sus amigas las cuentas al menudeo; pero sea porque el asunto es harto sencillo y no necesita explicaciones y está á la vista, ó porque realmente hay malicia para disfrazarle, es lo cierto que las de Madrid no acuden al interrogatorio con la claridad que desean las de Guerrilla.

—Dichosa de tí—dicen éstas á Ofelia

en sus frecuentes confidencias con ella—dichosa de tí, que puedes vivir en la Corte con todas las ventajas que te dan tu posicion y tu figura!

—No tanto como creeis—contesta Ofelia entre desdeñosa y presumida.

—Ay! no me digas eso.... Dí que Dios dá nueces.... Aquí te quisiera yo ver todo el año.

—De modo que, mejor que aquí, desde luego os confieso que se pasa allí el tiempo; pero de esto á lo que vosotras pensais....

—¡Madrid! con aquellos paseos, con aquellos teatros, con aquella tropa y aquellas músicas.... Todo el dia estarás oyéndola, verdad?

—Psé.... Como no sea alguna vez que voy á la parada con mamá....

—A Palacio!.... ¡qué hermosura!.... estará la plaza llena de generales.

—Ni se *arrepara* en ellos, chicas.... La última vez que fuimos se empeñó el coro-

nel *cntrantc* en que tomáramos asiento en el pabellon....

—Y tú, con esa sequedad condenada, no querrías.

—Claro está que nó.

—Uf, qué rara, hija!... Me dá coraje ese genio! No me extraña que te sucedan ciertas cosas.

—Qué cosas?

—Por de pronto, aburrir á tus proporciones, y hacerlas creer que las desprecias; que es lo mismo que si las tiraras por la ventana.... Ya ves cómo lo creyó aquel de quien nos hablabas ayer....

—Mira que ganga!... Un simple *catredático*.

—Ya se vé ¡como tienes otros adoradores de alto copete!

—No lo dirás por el *comendante* que me echó la carta por debajo de la puerta.

—Ya sabes tú que voy por mas arriba.

—Por el Marqués de la esquina, eh?

—Se llama así?

—Nó, pero vive á la esquina de la calle, dos puertas mas abajo que nosotros.... como vive un Duque tres puertas mas arriba, y un Marqués enfrente.

—De modo que en tu calle todos sois personajes.

—Eso sí.

—Qué gusto! Y lo del Marqués será cosa hecha?

—Psé.... Hay poco que fiar, si os he de decir la verdad; no porque él no esté bien apasionado, sino porque como en Madrid hay tantas proporciones, y cambia una tantas veces de parecer.... Esto nació del teatro Real.... Como es muy amigo de papá, me acompañó hasta casa á la salida. Despues me ha visitado muchas veces, y siempre ha tenido alguna cosa que decirme al oido..

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—Que se lo diga á papá.

—Vé Vd? Á que desprecias tambien esa proporcion?

—Allá veremos.

—Ay, qué sangre de chufas!.... De modo que vás muy á menudo al Real?

—Bastante.

—Estarás abonada.

—No quise que se abonara papá á turno con las *Consejeras* del principal: ellas bien me lo rogaron; y desde entónces, porque no lo tomaran á desprecio, no me he abonado nunca.

—Buenas estarán aquellas funciones! Qué concurrencia habrá allí!

—Mucho personaje.... toda la Corte.... y muchísimo título; pero de confianza.

—Como que os conocereis todos.

—La mayor parte son íntimos de papá.

—¿Por qué no tiene título tu papá?

—Porque, como él dice, está por lo positivo.

—¿Tendréis carruaje?

—Como hay tantísimos de alquiler!....

—Es verdad.

—Por supuesto, que te escribirás con el Marqués.

—Anda, curiosa, picarona, ¿quiéres saber tanto como yó? Esas cosas no se dicen, ea!

Y con esto, ó algo parecido, y cuatro palmaditas sobre el hombro de la preguntona, corta Ofelia el interrogatorio á que todos los dias se la somete, y cambia de conversacion.

Entre su madre y Doña Calixta pasa, en el ínterin, algo por el estilo.

—¿Y cómo no se anima su esposo de Vd. á acompañarlas algun verano?—pregunta á la de Madrid la coronela.

—Porque no puede, Doña Calixta.

—¡Qué no puede!... ¡un hombre de su posicion!

—Pues por lo mismo. Usté no sabe, Doña Calixta, qué bregas y qué *laberientos* trae ese hombre de Dios metidos en aquella cabeza! Ya se lo digo yo bien á menudo: «Cualquiera pensará que no tienes qué comer!»

—Lo mismo me pasa á mí con el coro-

nel, Carmelita. Ahí le tiene Vd. metido en sus haciendas todo el año de Dios. Hoy que está levantando la presa de una fábrica de harinas; mañana que vá á los cierros con un regimiento de cavadores; otro dia, que está cercando una miés que compró la víspera; ahora, que construye una casa de labor; despues, que entró la peste en la ganadería y ha tenido que visitarla con los albéitares; cuándo que los colonos; cuándo que el administrador.... Nunca jamás tiene un dia para ver á su familia!

—«Pero, hombre,—le he dicho algunas veces,—sacrifica media semana siquiera para saludar á estas señoras tan buenas y que tanto nos quieren»... Como si callara, Carmelita....

—Pues sucediéndole á Vd. eso con su esposo ¿cómo le extraña á Vd. que el mio no nos acompañe jamás?

—Creia yo que los negocios de ese caballero no serían de los que amarran tanto como las aficiones de Guerrilla.

—Mucho más, D.ª Calixta! Figúrese Vd. que mi esposo no tiene hora libre. Estamos almorzando: carta del Ministro de Hacienda para que se vea con él inmediatamente; nos sentamos á comer: volante del Gobernador que tiene que hablarle *de continente;* vamos á salir al Prado, ó á la Castellana, ó al teatro, ó al baile de Palacio, es un suponer; pues el diputado, ó el ayudante del general, ó el diablo, está ya á la puerta para que se vea en el *azto* con el presidente de las Cortes, ó con el Capitan general, ó con el director de Beneficencia, sobre que la contrata, ó el suministro... Le digo á Vd. que él podrá ganar buenos caudales, pero buenos sudores le cuestan al pobre. Así es que algunos dias tiene un humor que tumba de espaldas.

—Y por qué no tiene un hombre de su confianza en quién descansar?

—Porque, como él dice, «hacienda, tu amo te vea». Lo mismo le pasará á su esposo de Vd.

—Es verdad; pero ya que tambien le ha ido y le vá con los negocios ¿por qué no se retira de una vez? La salud ante todo, Carmelita. Y para una hija sola que tiene.....

—Cierto es eso; pero los negocios, parece ser que están enredados unos con otros, y que no es tan fácil como se cree echar el corte cuando se quiere.... Y si nó, pregúnteselo Vd. al coronel.

—En verdad que algo de eso suele decirme á mi Guerrilla cuando le llamo codicioso, y le aconsejo que lo deje todo y se venga al lado de su familia.

—Pues velay, usté.

—Yá, yá; ya me hago cargo.

Y por mas vueltas que dán la madre y las hijas á sus interrogatorios, no sacan otra cosa en limpio las de D.ª Calixta, con respecto á la verdadera posicion social de sus amigas de Madrid.

Algo pudiera decirlas yo que les ahorrara mas de la mitad del camino para

llegar al asunto: pero ¡vaya Vd. á ponerlo en sus bocas! Toda la veneracion que sienten por Ofelia, no alcanzaría á impedirlas que se lo contaran, *en secreto*, al primero que les manifestara el mismo afan que ellas tienen hoy. Y que ese *algo* no debe publicarse despues de haber ellas mismas ensalzado tanto la prosapia de Ofelia, es indudable. Y si nó, que lo diga el imparcial lector, á quien hago juez en el asunto. Trátase de una carta que las de Madrid se dejaron olvidada debajo de la cama, en la casa de huéspedes que habitaron el verano pasado: carta que llegó á mi poder, no diré cómo, y dice así:

«Mi mas querida esposa Carmelita, y amadísima hija Ofelia: Sus escribo la presente para decirvos que estoy bueno de salú, y para que me digais cómo anda la vuestra; pus vá diquiá dos semanas que no recibo carta de vusotras.—De paso sus alvertiré que, como la lezna no entra por

onde señala, lo de la contrata de zapatos para el Hospicio no salió esta vez como las otras; y gracias que lo cuento en mi casa. Paece de que antier volvieron los chicos descalzos al establecimiento, porque á resultas de la lluvia, se reblandeció el carton de la suela, y se descubrió el ajo.—Direis que cómo otras veces ha pasado el engaño, y ahora nó.—Sus diré á eso que, en primer lugar, esta vez, por guitonada de los oficiales, no se dió bien al carton el unto que sabeis y con el que aguantaba un zapato siquiera tres posturas (no mojándose en la segunda); y despues porque ya no está allí el encargado de enantes, que además de recibir la obra por buena, echaba á los chicos la culpa de la averia, cuando se le quejaban de ella. —Tomó cartas ahora el Administrador, y me baldó. Por buena compostura, he consentido en perder todo el valor de lo entregado; que, por fortuna, de carton era ello y de badana. ¡Bien haya los sofocos

que me dí cortando pares en el mostrador! ¡Y yó que pensaba calzar á medio ejército de tropa, por lo que, como sabeis, tenia echado un memorial en el menisterio! Me temo que lo del Hospicio no me ha de favorecer nada para el caso. Y lo peor es que por atender con todos mis operarios á la tarea, los parroquianos de fino han estado mal servidos, y algunos me dejan.

»A todo esto, sus diré que el Marqués de la esquina se ha casado en Alicante, con una viuda rica y vieja, para salir de trampas. Bien sus decía yo que estaba mas tronado que una rata, y tambien sus dije que me debía los botitos de dos años; y ahora sus diré que además me debía siete duros que me pidió una noche al pasar por la tienda, porque no llevaba suelto. Cuando venga le pasaré la cuenta de todo; y si paga, que no pagará, eso saldremos ganando.... ¡y gracias que no nos debe más, que bien hubiera podido ser! No hay que pen-

sar en estos Marqueses que soban mucho á los artistas que tenemos hijas guapas.

«Esto me alcuerda que ya ván cinco veranos que veraneais en esa, sin el menor apego de *indiano*, como sus figurestes. Con un par de negocios como el del Hospicio, sacabó la tela y, como el otro que dice, el veraneo de moda. Mucho sus quiero, pero no sé si podreis ripitir.

Venísius pronto, que ya me haceis falta para el ribeteo en fino: alcordarvos de que pierdo dinero pagando, más de mes y medio, oficialas que hagan vuestra labor.

Tocante á lo demás, devertisius mucho, pues bien sabeis sus ama y sus estima vuestro esposo rendido y amante padre,

CRISPIN DE LA PUNTERA.

EN CANDELERO.

Que vá á Alicante; que prefiere á Valencia; que acaso se decida por Barcelona.

—»Que ya no vá á Barcelona, ni á Valencia, ni á Alicante; porque viene á Santander.

—»Que ya no vá á ninguna parte.

—»Que le son indispensables los baños de mar, y que tiene que tomarlos.

—»Que se decide por la playa del Sardinero.

—»Que vendrá en julio; que acaso no pueda venir hasta principios de agosto; que lo probable es ya no venga hasta muy cerca de setiembre.

—»Que ya no viene ni en julio, ni en agosto ni en setiembre.

—»Que, por fin, viene, y se cree que se hospedará en una fonda del Sardinero.

—«Que es cosa resuelta que llegará el tantos de julio, y que no se hospedará en el Sardinero, sino en la ciudad.

—»Que no se sabe si le tendrá en su casa el Marqués de X, ó el Conde de Z, ó D. Pedro, ó D. Juan, ó D. Diego.

—»Que resueltamente se hospedará en casa del Sr. de Tal.»

Eso, y mucho más por el estilo, cuentan, corrigen, desmienten, rectifican y aseguran todos los dias estos periódicos locales, con el testimonio de los de Madrid y algunas correspondencias particulares, desde mayo á fin de julio, casi en cada año, refiriéndose á alguno de los personajes que á la sazon se hallen *en candelero*.

Un dia vemos conducir á hombros por la calle, una lujosa sillería, un espejo raro,

una mesa de noche muy historiada... algo, en fin, que no se vé en público á todas horas; observamos que las señoras indígenas transeuntes se quedan atónitas mirando los muebles, y hasta las oimos exclamar:—«Son para el gabinete que *le* están poniendo. El espejo es de Fulanita, la mesa de Mengano, y la sillería de Perengano.»

Y llega el tantos de julio; y por la tarde se ven fraques, levitas y tal cual uniforme, camino de la Estacion, y además el carruaje que envía el Sr. de Tal, propio, si le tiene, y si nó, prestado.

Poco despues estallan en el aire, hácia el extremo del andén, media docena de cohetes, y casi al mismo tiempo se oye el silbido de la locomotora que entra en la Estacion. Luego salen de ella los viajeros vulgares, y puede verse en el fondo, enfrente de la puerta, un grupo de personas apiñadas, confundiéndose en él el oro de los uniformes con el negro paño de la me-

dia etiqueta; el cual grupo se cimbrea de medio á arriba muy á menudo, dejando ver, á tiempos, en su centro, una persona erguida é impasible, como ídolo que recibe la incensada; despues el del centro del grupo, con otros tres de la circunferencia, toman asiento en el carruaje; parte éste al trote de sus caballos, síguenle, echando los pulmones por la boca, dos docenas de granujas impertinentes, y una pareja de guardias municipales que llevan los paraguas y los abrigos de algunos de los que van en el coche, y vuelven á verse los mismos fraques y galones de ántes camino de la Dársena, pero dispersos y en desórden.

Y andando, andando, el carruaje llega al punto de su destino.

—¿Cuál de ellos es?—pregunta algun curioso, al ver apearse á los del coche.

—Ese que vá en medio....

—Pues no tiene la mejor traza,—replica el preguntante, con cierto desaliento,

en la creencia, sin duda, de que el hombre está obligado á embellecerse á medida que asciende en la escala de los empleos.

Los que subieron la escalera de su casa acompañándole, bajan á poco rato; y cuando anochece, comienzan á llenar de ruido la barriada la charanga de la Caridad, y sucesivamente todas las murgas que de la caridad pública viven.

Al dia siguiente vuelven á verse por la calle las libreas de la etiqueta. Son de los que tienen obligacion de ir á ofrecer sus respetos al recien venido, y de las comisiones de ésto y de lo otro. Recibe á cada grupo á hora distinta, y tiene para todos frases bastante lisonjeras, ya que nó muy variadas.

—Señores—suele decirles:—yo me felicito de recibir el cordial saludo de... (Aquí lo que sean los visitantes) tan dignos y beneméritos. Estad seguros de que si seguís prestándonos todo el apoyo de vues-

tra importantísima adhesion y de vuestro celo é inteligencia en el desempeño de vuestros respectivos cargos, el Gobierno se envanecerá de ello; y el país, que tanto espera de nosotros, porque por nosotros está nadando en la felicidad y en la abundancia, os lo recompensará con largueza. Yo, fiel intérprete de sus deseos y aspiraciones, os lo prometo en su nombre.

Se dicen luego cuatro vaguedades sobre la salud del visitado, sobre la virtud de los baños de ola, y sobre el paisaje y el clima de la Montaña, y á otra cosa.

Al segundo dia, aún se vén algunos curiosos.... y curiosas de copete, husmeando hácia la puerta de la calle, á las horas probables en que *él* ha de salir.

Al tercero, nadie se acuerda ya del personaje. Solo la prensa local se ocupa, con un celo superior á todo elogio, de decirnos si vá ó si viene; si le *pintan* los baños; si piensa darse tantos ó cuántos, y cuántos se ha dado yá; si prefiere el bonito á la

merluza; con quién comió y con quién comerá; á qué hora se acuesta; quiénes le hacen la tertulia; de qué lado duerme y á qué hora se levanta.

Al octavo dia observa la gente que por la Plaza Vieja sube un coche lleno de señores muy espetados.

—Ahí vá—dicen algunos.

—¿A dónde?—se les pregunta.

—A visitar el Instituto. Desde allí irá á la Farola. Ahora viene del Cristo de la Catedral.

—Entónces ¿está ya para marcharse?

—Claro; cuando le enseñan *eso!*...

Y así es, en efecto. Al cumplirse la semana y media desde su llegada, vuelven á verse una mañana, camino de la Estacion, los fraques, los galones, el coche, los granujas y los policías de la otra vez; y en el andén, el mismo grupo dando sombreradas y apretones de manos al propio personaje, que vá poco á poco desapareciendo en un coche reservado y muy

majo; estalla en los aires otra media docena de cohetes, vuelve á silbar la locomotora, y parte el tren hácia la Peña del Cuervo, dejando detrás la consabida crencha de humo vaporoso, que ondula, se enrosca y serpentea, y al cabo se pierde y desvanece en el espacio, como todas las vanidades de la tierra.

Durante algunos dias despues, la gente *bien informada* se las promete muy felices para los intereses del comun. Todos los proyectos que el Municipio tiene pendientes de superior resolucion serán despachados «como se pide»; habrá subvenciones para esto y para lo otro y para lo de más allá; el puerto vá á quedar como nuevo; los barrancos que están á expensas del Estado á las inmediaciones de Santander, volverán á ser anchas, firmes y cómodas carreteras.... en fin, hasta se colocará la estátua de Velarde sobre el pedestal que está esperándola; doce años hace!.. Él lo ha prometido; él lo ha asegurado;

él se lo ha ofrecido en confianza á Juan, á Pedro y á Diego.... Vá muy satisfecho de *nosotros* ¡contentísimo de la acogida que se le ha hecho!

Claro es que ninguna de estas ofertas se cumple, no sé si porque, en realidad, no se hicieron, ó porque se olvidaron, como tantas otras; pero, en cambio, un dia del próximo otoño amanecen Caballeros y Comendadores de aquende y de allende, seis docenas de ciudadanos que se acostaron simples mortales como yó. ¡Única estela que hoy dejan, á su paso por los pueblos, los varios españoles que gozan el eventual é instable privilegio de ser recibidos con música y cohetes!

AL TRASLUZ.

O hay que convenir en que la mujer es susceptible de adquirir cuantos aspectos y actitudes morales quiera darle la educacion, ó debemos confesar que la Naturaleza tiene, de vez en cuando, caprichos muy singulares.

Esto, que probablemente se habrá dicho cincuenta mil veces, á propósito de las mujeres que se han hecho célebres en el campo de las ciencias, en el de las artes, en el de las letras.... y hasta en el de las armas, cuadra perfectamente al hablar de cierto tipo que, no por pasar como un relámpago todos los años sobre la fisonomía veraniega de Santander, deja de im-

primirse en ella; y no así como quiera, sino como imprime un pintor de fama el sello de su ingenio, su idiosincrasia artística, si vale la palabra, sobre todas la figuras de sus cuadros.

Nacida y propagada esta verdadera originalidad del sexo débil en regiones algo inverosímiles todavía en la tradicional y cachazuda España, cuando aparece en una, señal és de que allí puede vivir yá; de que en ella se encuentran los elementos que necesita su vida de ostentacion y de aventuras. Estos elementos son: los hombres de Estado, los ricos banqueros, los famosos calaveras, los pontífices de las letras y de las artes, y, como á manera de orla de todo el catálogo, una muchedumbre de damas del llamado *gran mundo*, y de mozuelos esclavos de la moda.

De que Santander reune todo eso, y ha llegado ya, por ende, á la alta categoría que alcanzan en el mundo elegante tantos otros puertos extranjeros, en cuyas aguas lavan cada verano sus distinguidas mata-

duras las primeras aristocracias europeas, es evidente prueba el que nos visita todos los años, desde varios acá, algun ejemplar de aquella fenomenal especie.

Mas ántes que el lector eche á mala parte lo que le dije de los elementos vitales de esta señora, apresúrome á indicarle en qué concepto los necesita *hoy*.

Figúresela en un *hotel* del Sardinero, con todo un piso á su disposicion; porque sus criados y equipajes no caben en menor espacio, si ha de quedarle á ella el necesario para dormir, para peinarse, para vestirse, para recibir y para comer en ancha mesa, siempre dispuesta para una docena de convidados.

Estos han de ser de las notabilidades á que aludí; es decir, de lo mas cogolludo en letras, artes, política, banca, armas.... y áun tauromáquia, que á la sazon resida en el Sardinero ó en la ciudad.

Para comer con ellos, para hablar con ellos, necesita, busca y agasaja á esos hombres. Ella los preside, ella dirige las con-

versaciones, ella provoca y salpimenta los discreteos, y en sus labios hay siempre agudezas y oportunidades para los discretos. y sutiles epigramas para los necios. pues no dejan de serlo, en varios lances, muchos hombres de talento. Que quien tal vida trae no debe mostrarse muy aficionada al trato de las mujeres, no hay necesidad de asegurarlo; evidente es que huyera de ellas si no las necesitara para fondo y accesorios del cuadro en que ella entra como principal figura; ó, á lo sumo, para tener en quien cebar impunemente sus sátiras implacables; ó esos pedazos más de entretenimiento que repartir entre la voracidad murmuradora de su corte favorita.

Hay quien atribuye esta antipatía hacia su sexo á cierta pasion *non sancta* que suele albergarse en los pechos que ya no laten á impulso de un alma juvenil y retozona; cuando se huye del espejo como de las grandes verdades que acusan faltas é imperfecciones; cuando los tristes desengaños de las primeras arrugas hacen re-

cordar con envidia y desconsuelo los triunfos y los encantos de la risueña juventud; cuando se aspira, en fin, á conquistar, á fuerza de dispendios y agudezas, lo que ántes se atrajo por el solo brillar de la hermosura.

Pero esta suposicion, que bien pudiera admitirse con referencia al molde comun de las mujeres, y aún de los hombres, no está justificada cuando se endereza á este otro tipo, cuyas pasiones, talentos y debilidades están, y han estado quizá, muy por cima de todo lo usual y corriente. Con esta consideracion á la vista, no se afane el lector por que le diga yo de dónde vienen esas intimidades encumbradas; de qué procede ese varonil desparpajo que la hace, en verano, reina y señora del Sardinero, como en invierno le dá absoluto predominio en los aristocráticos salones de Madrid, y eso que no es aristócrata ella, ni nombre llevó jamás que á pergamino huela.—Cierto es que cuando se ha pasado la vida en roce contínuo con hombres

de todas las imaginables condiciones y cataduras, á poco que se haya tomado de cada uno de ellos puede reunirse, cerca de la vejez, gran copia de saber y de experiencia; pero ¿cómo se llegó en la juventud á esas alturas?—pregunto yo á mi vez—¿cómo lo que en unas gasta y desprestigia, en otras acrecienta el poder y el atractivo? Aquí no hay otro remedio que volver á la segunda parte de mi tema: la Naturaleza tiene, de vez en cuando, caprichos muy singulares; y añado ahora que tambien la Fortuna suele complacerse en mimar con sus dones más preciados á lo que es obra de los caprichos de la Naturaleza.

Así hay que explicarse esas cataratas de doblones que siguen y preceden á esta clase de mujeres en sus viajes, y las envuelven en los alcáceres que habitan la mayor parte del año; pues ni feudo se las conoce que tanto produzca, ni ya son Dánaes pudibundas que creer nos hagan en las lluvias de oro de los Joves de ogaño.

Ofrecedle dificultades al vulgar enten-

dimiento, y vereis á la imaginacion echarse desatentada por los cerros de Úbeda. Tal sucede en el presente caso. No se comprende bien, ó no se explica, la razon de su predominio y de sus caudales, y cada cual se forja una historia á su capricho, fundada sobre vagos rumores; y estas historias juntas quieren ser una pequeña parte de la historia de esa dama, á quien se adjudican todas las anécdotas *picantes*, todas las frases equívocas, todos los triunfos y todos los escándalos con que han inmortalizado sus nombres en la *alta* sociedad las demás mujeres de su talla.

No desconoce ella estos rumores; y como sabe muy bien que son los gajes de su oficio, ántes la lisonjean que la ofenden.

En las poquísimas veces que se dá á luz entre su escogida corte bigotuda, los hombres abren calle para que pase, y las mujeres temen su mirada como el siervo la de su señor. ¿Qué mayor triunfo para su vanidad de mujer *de historia?*

Tan pocas veces se exhibe en público,

que yo mismo que trato de hacer su monografía, no la he visto jamás, ni la conozco sino por la fama que la han dado aquí los que nos dicen que la conocen mucho.

Pero *mito* ó realidad, ella *pasa* por Santander cada verano, y, como al principio dije, se imprime en la fisonomía veraniega del pueblo de un modo indeleble, como el detalle que más resalta y hasta dá carácter é importancia á todos los demás.

Y he aquí por qué yo, que estoy haciendo el cróquis de esa fisonomía, no puedo prescindir de dibujar en ella tan expresivo pormenor.

Eso haré yo tan solo, y me guardaré muy mucho de escarbar el cútis para ver lo que hay debajo.

Quédese esto, en buen hora, para los aduladores que la cantan, ó para los maldicientes que la despellejan.

Si el calor de unos hechizos que ya no existen derritió el áureo pedestal sobre que la adoracion de laborioso marido colocó á su propia mujer para atraerla el culto de

los demás; si la tarea olímpica de reponer con otro nuevo cada trono derretido dejó sin fuerzas, sin esperanzas y hasta sin vida al desventurado que tal empresa creyó fá·cil; si el peso que á él le mató, abandonado al pié de la montaña tuvo nuevos Sísifos que le empujaran, esperando llevarle triunfantes hasta la cima, y tambien rodaron hasta el abismo, desalentados y rotos; si miéntras duró aquel fuego no le faltaron tronos que consumir, ni tesoros que rodar montaña arriba, buscando su calor; si de ese monton de escombros y cenizas ha hecho la química de la necesidad inagotable venero que surte de esplendor á una soberanía, no destronada, ántes fortalecida con la augusta diadema de las canas; si éstas no son el fruto natural de los años, sinó la huella de las tempestades que corrió la juventud en el mar de todos los deleites; si el corazon de la mujer, que es casi siempre un libro abierto, sin ser por eso un libro bueno, *aliquando* es una caverna con ruidos y sin luz ¿á mí que me cuentan

ustedes? qué me importa en el presente caso? Cuéntenselo á ese enjambre del *buen tono* que tanto se paga de ciertos relumbrones; cuéntenselo á esa sociedad que se complace en crear ídolos que despues escupe y despedaza, acaso porque le imponen y amedrentan; cuéntenselo á esas gentes del *gran mundo*, para quienes nada es bueno ni plausible, sino lo *distinguido* y *elegante*. Ellas solas son las trompetas de esas famas; ellas quienes las elevan y sahuman ántes; ellas mismas quienes las difaman despues.

En cuanto á mí, dibujos hago, que no autopsias; y dibujo es este, *al trasluz*, por más señas, sobre los perfiles que la fama trazó. Al público sale, pues, como el público le ha forjado: yo no hice más que copiarle en ésta, por ahora, última hoja de mi cartera.

INDICE.

Páginas.



